

WILHELM RÖPKE, CONSERVADOR RADICAL. DE LA CRÍTICA DE LA CULTURA AL HUMANISMO ECONÓMICO

JERÓNIMO MOLINA CANO
Universidad de Murcia

1. WILHELM RÖPKE Y LAS TRAYECTORIAS DE UN ESPÍRITU EUROPEO.—2. CONSERVADOR, ANTICOMUNISTA, CRISTIANO.—3. LA CRÍTICA DE LA CULTURA: PALEOLIBERALISMO Y COLECTIVISMO.—4. METAS DEL HUMANISMO ECONÓMICO: LA «TERCERA VÍA».—5. LA CONCEPCIÓN DE LO POLÍTICO EN EL PENSAMIENTO LIBERAL.—6. CODA SOBRE EL MAQUIAVELISMO.

RESUMEN

El economicismo neoliberal (Escuela Austríaca) ha sustituido desde hace tres décadas al pensamiento político liberal. Sin embargo, el pensamiento liberal no puede quedar circunscrito a la ideología de los mercados mundiales (una suerte de teología político-económica de signo materialista). Existen otras escuelas liberales que, por diversas razones, han quedado en un segundo plano. Una de ellas, de singular interés, es el grupo de la revista *ORDO*, el ordoliberalismo. El ordoliberalismo ha quedado restringido, con muy pocas excepciones, al área germanófono europea. El más destacado de los pensadores ordoliberales fue el economista político Wilhelm Röpke (1899-1966). Su obra parte de la crítica al paleoliberalismo (liberalismo clásico) y al socialismo y postula una Tercera vía. Ello le permitió elaborar una de las visiones de lo político, el Estado y las relaciones entre política y economía (Estado de Bienestar) y entre política y moral (maquiavelismo) más realistas dentro del pensamiento liberal del siglo XX.

Palabras clave: Wilhelm Röpke, liberalismo, socialismo, tercera vía, maquiavelismo, realismo político.

ABSTRACT

Thirty years ago, Neoliberal economicism (Austrian School of Economics) replaced Liberal political thought. However, Liberal thought cannot be restricted to the world-wide free-market ideology (a sort of economical political theology, whose condition is Materialism). There are others liberal schools, but for many reasons all of them have been passed over. One of these liberal branches, specially interesting and useful, is the ORDO review Group, the Ordoliberalism. Ordoliberalism is circumscribed to the German-speaking area in Europe. The most influent ordoliberal economist was Wilhelm Röpke (1899-1966). His whole work is based on the criticism of Paleoliberalism (Classical liberalism) and Socialism. The Röpkean alternative to those nineteenth-century ideologies is the *Third Way*. Working out this doctrine allows him to build one the most significant liberal theories about Politics, the State, the relationship between Politics and Economics (Welfare State), and between Politics and Morality (Machiavellism).

Key words: Wilhelm Röpke, liberalism, socialism, third way, machiavellism, political realism.

El relativo éxito académico y político de la teoría económica austríaca (*Austrian Economics*) ha sido fruto de una lenta maduración de ideas, del respeto intelectual de sus adictos por la realidad y del desenvolvimiento de un concepto de la «libertad humana» que pone al día la tradición del jusnaturalismo racionalista ilustrado, corregida por la aversión conservadora a los excesos del «constructivismo social». También, cómo olvidarlo, de la afortunada divulgación en todo el mundo de un pensamiento que se expresa mayoritariamente en lengua inglesa. En las dos últimas décadas han florecido las «escuelas austríacas nacionales» —así en Italia (Lorenzo Infantino), España (Jesús Huerta de Soto) o Francia (François Guillaumat)—, adaptando para Europa, con mayor o menor fortuna, el peculiar modelo de propaganda y pedagogía culturales de los Estados Unidos (desde el *Foundation for Economic Education* al *Ludwig von Mises Institute* o el *Cato Institute*), país en donde quedó radicado intelectualmente Ludwig von Mises desde primeros de agosto de 1940 y en el que encontró discípulos y seguidores como Murray N. Rothbard o Israel M. Kirzner. Sin embargo, una visión global de la reconstrucción del pensamiento liberal, empresa que se acometió ya en Europa durante los años previos a la Segunda Guerra Mundial, no se agota en los desarrollos, por lo demás amplios, del neoliberalismo austríaco. Pues Mises y sus discípulos, habiendo demostrado la insensatez de una economía politizada (1), así como la imposibilidad del cálculo económico socialista,

(1) Véase L. VON MISES, «Die Wirtschaftsrechnung in Sozialistischen Gemeinwesen»,

no han sido capaces de elaborar una doctrina política realista. En este sentido, la crítica austríaca del estatismo, suspendida generalmente en los confines de una suerte de Estado mínimo (Hayek), fácilmente se convierte en un alegato contra la misma política como actividad histórica, la cual, al menos en los ambientes anarcoliberales (Rothbard, Hans-Hermann Hoppe y otros), es concebida, siguiendo la conocida simplificación dicotómica de Franz Oppenheimer, como la forma coactiva por excelencia de obtener riqueza (frente al comercio) (2). Motivos de diversa índole que aquí apenas si podemos sugerir explican, en cambio, el desplazamiento a las posiciones periféricas de la disputa intelectual de ciertos economistas sin cuya contribución, paradójicamente, no se entiende el programa de reconstitución moral, religiosa, económica y política de Europa entre el final de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años 60. La experiencia alemana de una meteórica reconstrucción seguida sin embargo, en apenas quince años, de la recaída en lo que Günter Maschke ha llamado el «síndrome liberal», bien puede ser la cifra del horizonte de posibilidades que los europeos hubiesen podido actualizar antes de que regresaran, bajo una nueva y más amable apariencia, las enfermedades prototípicas del espíritu europeo, agravadas ahora por la pérdida del sentido de la realidad y el «entontecimiento» (*Verdummung*) de los individuos (3).

Se suele reconocer en la fundación de la *Mont Pèlerin Society* en el año 1947 la divisoria histórica formal entre el liberalismo de la preguerra y el «nuevo liberalismo» o «neoliberalismo». En este último, cuya inspiración bien puede remontarse a las discusiones habidas en Alemania o Francia desde principios de los años 1930 y prolongadas hasta finales de los años 40 (4) sobre las «mutaciones de la estructura del Estado» (Walter Eucken), el «intervencionismo liberal» (Alexander Rüstow), el «Estado total en sentido cualitativo» (Carl Schmitt), «la sociedad justa» (Walter Lippmann), el mer-

en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. XLVII, 1920. Sobre todo: L. VON MISES, *El socialismo*. Madrid, Unión Editorial, 2003.

(2) F. OPPENHEIMER, *The State* (1908). San Francisco, Fox & Wilkes, 1997.

(3) Véase W. RÖPKE, «Der Irrweg des Kollektivismus», en *Maß und Mitte* (1950). Berna, Paul Haupt, 1979, pág. 88.

(4) En agosto de 1938 Louis Rougier organizó en París el famoso «Coloquio Walter Lippmann». Con el objetivo de presentar la entonces reciente traducción francesa de un libro de Lippmann —*La cité libre* (1938)—, se discutió ampliamente sobre las perspectivas del liberalismo en un mundo político que, a la vista del auge de las actitudes, ideologías y regímenes antiliberales, parecía haberle dado la espalda a los principios de la civilización occidental. Fueron convocados al efecto F. A. HAYEK, W. RÖPKE, R. ARON, E. HALÉVY, L. ROBBINS y J. RUEFF entre otros. Esta reunión puede considerarse el punto de inflexión en la renovación del liberalismo contemporáneo.

cado como «creación política jurídica o constitucional» (Franz Böhm), la «era de las tiranías» (Elie Halévy), el «maquiavelismo» (Raymond Aron), la «tercera vía» (Wilhelm Röpke), las «sociedades de derechos bien fundados» (Jacques Rueff) o el «sistema de la libertad» (Bertrand de Jouvenel) (5), se acusaba característicamente la interdependencia de los distintos órdenes humanos, así como su relativa autonomía, reconociendo la necesaria contribución de lo político, lo económico y demás campos pragmáticos a una sana configuración de las sociedades. Mas en la selecta organización fundada en Suiza, cerca de Vevey, se impusieron ya desde principios de los años 60, sobre todo después de la breve presidencia de Röpke, los criterios economicistas del liberalismo austríaco. Todo parece haber conspirado pues para reducir el radio de acción de los economistas liberales alemanes que permanecieron en Europa después de la guerra y siguieron escribiendo en su lengua. Las numerosas traducciones ayudaron, ciertamente, a la divulgación de este liberalismo de nuevo cuño en las áreas anglosajona, francófona e hispánica, pero una vez agotada la política económica puesta en práctica por el ministro alemán de economía Ludwig Erhard desde 1948 (la «Soziale Marktwirtschaft» y, más tarde, la «Formierte Gesellschaft») —secundada en Francia e Italia por Rueff y Luigi Einaudi (6)—, pareció esfumarse también el interés por el pensamiento de la Escuela de Friburgo (ordoliberalismo).

Entre todos estos economistas, hoy apenas leídos y en gran parte olvidados por la opinión, llegó a ocupar una posición singularmente privilegiada Wilhelm Röpke, pues las partes más notables de su vasta obra fueron muy pronto vertidas a las lenguas cultas más importantes. Economista impregnado en su juventud por las vagas categorías del pensamiento socialista y paci-

(5) Véanse W. EUCKEN, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», en *Weltwirtschaftliches Archiv*, XXXVI, 1932; A. RÜSTOW, «Liberale Interventionen (1932)», en WOLFGANG STÜTZEL (ed.), *Grundtexte zur sozialen Marktwirtschaft*. Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1981; C. SCHMITT, «Gesunde Wirtschaft im Starken Staat», en *Mitteilungen des Vereins zur Wahrung der gemeinsamen wirtschaftlichen Interessen in Rheinland und Westfalen*, n.º 1, 1932; W. LIPPMANN, *An Inquiry into the Principles of the Good Society*. Boston, Little, Brown and Company, 1937; F. BÖHM, *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe und rechtsschöpferische Leistung*. Stuttgart — Berlin, Kohlhammer, 1937; E. HALÉVY, *L'ère des tyrannies. Études sur le socialisme et la guerre* (1938). Paris, Gallimard, 1990; R. ARON, «Essais sur le machiavelisme moderne (1938-1940)», en *Machiavel et les tyrannies modernes*. Paris, Éditions de Fallois, 1993; W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo* (1942). Madrid, Revista de Occidente, 1947; J. RUEFF, *L'ordre social* (1945). Paris, Librairie de Médicis, 1948; B. DE JOUVENEL, *Du Pouvoir. Histoire naturelle de sa croissance* (1945). Paris, Hachette, 1994.

(6) Véanse las sumarias referencias de L. BELTRÁN, *La Nueva Economía liberal*. Madrid, Instituto de Economía de Mercado — Fundación Cánovas del Castillo, 1982, págs. 99-102.

fista (7), tan común entre la generación que hizo la Gran guerra, descubrió pronto la inconsistencia científica de ese tipo de ideas, así como el efecto característico de la subversión de valores que acarreaban: el colectivismo. Pensador vivamente preocupado por los problemas sociales y políticos, su obra rayó muy alto en la crítica de la cultura. Sus viajes y conferencias en la mayoría de países europeos y americanos, al amplificar sus opiniones, vinieron a eclipsar las de economistas y escritores políticos como Walter Eucken, prematuramente desaparecido (8), Alexander Rüstow, autor de una monumental historia de la civilización occidental (9), y Alfred Müller-Armack, mano derecha de Erhard y acuñador del concepto de la «Economía Social de Mercado» (10). Sin embargo, después de su muerte, también el pensamiento de aquel miembro egregio de la tradición del liberalismo más genuinamente europeo quedó apartado, relegado a un segundo plano (11).

(7) La gran paradoja del socialismo de la primera postguerra, derivado de un «régime de guerre», era que sus adictos se reclutaban entre gentes que «llegaban a él por el hastío y el odio a la guerra, pero se les proponía un programa que consistía en la prolongación del régimen de guerra en tiempos de paz». Esta magistral explicación de Élie Halévy le cuadra perfectamente al joven Röpke; véase É. HALÉVY, *L'ère des tyrannies*, pág. 214. El pensamiento de Halévy ha influido extraordinariamente sobre la concepción röpkeana del totalitarismo socialista, así como sobre la trascendencia para la historia de las ideas económicas y sociales atribuida a Sismonde de Sismondi y Saint Simon por el economista alemán. Que esto se haya pasado por alto hasta ahora no es en realidad extraño, pues es un caso particular de nuestra tesis general sobre las consecuencias del alejamiento entre escritores políticos y economistas políticos.

(8) Véase W. EUCKEN, *Fundamentos de política económica*. Madrid, Rialp, 1956 (póst.)

(9) Véase A. RÜSTOW, *Freedom and Domination. A Historical Critique of Civilization*. Princeton University Press, 1980. *Infra*, nota 45.

(10) Véase A. MÜLLER-ARMACK, *Economía dirigida y economía de mercado*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1963.

(11) La bibliografía sobre Röpke, aunque va siendo importante, está todavía circunscrita al mundo académico de lengua alemana. Hasta la fecha comprende unos cuantos libros, numerosos artículos aparecidos en revistas especializadas y un puñado de notas circunstanciales, muchas de ellas publicadas en la prensa diaria con motivo del centenario de su natalicio. Se echa en falta todavía un estudio global sobre su pensamiento. Constituyen aproximaciones parciales al mismo los siguientes trabajos editados en Alemania, España, Estados Unidos y Suecia, representativos de *status quaestionis* röpkeano: ⁽¹⁾GERARD CURZON *et al.*, *Wilhelm Röpke. Beiträge zu seinen Leben und Werk*. Stuttgart, Gustav Fischer, 1980. ⁽²⁾S. H. SKWIERCZ, *Der Dritte Weg in Denken von Wilhelm Röpke*. Würzburg, Creator, 1988. ⁽³⁾HELGE K. PEUKERT, *Das sozialökonomische Werk Wilhelm Röpkes*. Frankfurt, Lang, 1992. ⁽⁴⁾ROLAND HAHN, *Marktwirtschaft und Sozialromantik. Die programmatische Erneuerung des Liberalismus in Deutschland unter dem Einfluss der Ideen Wilhelm Röpkes und Alexander Rüstows*. Egelsbach, Colonia y Nueva York, Hänsel-Hohenhausen, 1993. ⁽⁵⁾ROLAND HAHN, *Wilhelm Röpke*. Sankt Agustin, Akademie Verlag, 1997. ⁽⁶⁾ANDREAS A. BÖHMLER, *El ideal cultural del liberalismo. La filosofía política del ordoliberalismo*. Madrid, Unión Editorial, 1998. ⁽⁷⁾JOHAN

A nuestro juicio, Wilhelm Röpke, nacido en Schwarmstedt, en la entonces provincia de Hanóver, el 10 de octubre de 1899, economista de vasta formación humanista, ofrece una síntesis particularmente interesante de la economía de mercado y el conservadurismo político y ético-religioso, lo que le distingue con ventaja del discurso *neoon* contemporáneo, muy poco solvente desde la perspectiva de la teoría económica. Por otro lado, su defensa de las formas de vida tradicionales, insertas en un medio ambiente humanizado pero no artificial, constituye aún hoy una recia alternativa a la homogeneización de las comunidades políticas y de los paisajes urbanos y naturales, proceso impuesto por un cosmopolitismo redivivo (*saint-simonismo*, universalismo, globalización) al que siempre se opuso por considerarlo incompatible con la heterogeneidad cultural que da su gracia a la civilización europea. Röpke, asimismo, es uno de los máximos expositores de una «vía media» entre liberalismo y socialismo, lo que llamó «Dritter Weg». Esto, que bastaría para justificar cualquier aproximación a su obra, se une a la necesidad de colmar un gran vacío en la literatura hispanoamericana (12). Röpke recaló en el vasto país del Plata en 1960, desarrollando una intensa actividad académica y conferenciando en diversos foros. Pero para entonces ya era conocido y su pensamiento apreciado en los círculos de economistas liberales ar-

HAKELIUS, *Förmögen till värdighet: Wilhelm Röpke, människan och ekonomin*. Estocolmo, Timbro, 1999. ⁽⁸⁾ORDO. *Jarhbuch für die Ordnung von Wirtschaft und Gesellschaft*, n.º 50, 1999 —número monográfico conmemorativo de su centenario—. ⁽⁹⁾OTTO SCHLECHT, *Ist die deutsche Wirtschaftspolitik richtig? Zum 100. Geburtstag von Wilhelm Röpke*. Krefel, Sinus Verlag, 2000. ⁽¹⁰⁾JOHN ZMIRAK, *Wilhelm Röpke. Swiss Localist, Global Economist*. Wilmington, ISI Books, 2001. ⁽¹¹⁾JERÓNIMO MOLINA, *La tercera vía en Wilhelm Röpke*. Pamplona, Instituto Empresa y Humanismo, 2001. ⁽¹²⁾BERTRAM SCHEFOLD (ed.), *Vademecum zu einen Klassiker der Ordnungstheorie*. Düsseldorf, Verlag Wirtschaft und Finanzen, 2002. ⁽¹³⁾*Cahiers de l'Institut Universitaire de Hautes Études Internationales del Genève*, n.º 6, 2002 [«Colloque Wilhelm Röpke (1899-1966). The Relevance of his Teaching Today: Globalization and the Social Market Economy»]. ⁽¹⁴⁾HANS-JÖRG HENNECKE, *Wilhelm Röpke. Ein Leben in der Brandung*, Stuttgart, Schäffer-Poeschel, 2005.

(12) En español, además de las referencias ⁽⁶⁾ y ⁽¹¹⁾ de la nota anterior y dejando a un lado media docena de reseñas menores, únicamente nos consta el capítulo (XII) que le dedicó LUCAS BELTRÁN FLÓREZ en su pequeño tratado *Economistas modernos*. Barcelona, Teide, 1951, págs. 127-42; así como su nota necrológica «Wilhelm Röpke», en *Moneda y Crédito*, n.º 96, marzo de 1966. Finalmente, L. DíEZ DEL CORRAL, «El hombre y lo colosal», *Suplemento de política social de la Revista de Estudios Políticos*, n.º 1, 1945. En Argentina: M. RESICO, «Las concepciones del libre mercado según Wilhelm Röpke», en *Boletín de Lecturas sociales y económicas* (UCA), VIII, n.º 35, 2002. Una relación completa de las traducciones y libros de Röpke editados en España se hallará en J. MOLINA, «Economistas ordoliberales en la España de Franco: Röpke, Eucken, Müller-Armack y Rüstow» [en elaboración]. Para las ediciones de sus artículos y opúsculos en Hispanoamérica véanse *infra* notas 69 a 73.

gentino, pues había sido traducido alguno de sus folletos y, ocasionalmente, se daban suyos artículos en la prensa nacional. La publicación de estas páginas puede ser la ocasión de rescatar el pensamiento del fino escritor alemán (13), fallecido en Coligny, cerca de Ginebra, de un ataque al corazón, el 12 de febrero de 1966.

Este estudio quiere presentar de una manera englobante el recorrido intelectual de quien supo pasar el análisis económico por la criba de la crítica de la cultura y proyectar un nuevo «humanismo económico», dimensión de la actividad económica que se sitúa, para recordar el título de su famoso libro, «más allá de la oferta y la demanda», es decir, entrañado en la condición humana.

1. WILHELM RÖPKE Y LAS TRAYECTORIAS DE UN ESPÍRITU EUROPEO

Röpke fue un escritor luminoso. Puede decirse que su facilidad y amabilidad de concepto es rara entre los economistas, generalmente poco preocupados por el destinatario de su saber. Quizás esto último haya restado visibilidad a lo largo del siglo pasado a la función que los economistas políticos han desempeñado, a veces brillantemente, como consejeros de Estado. En realidad, la época moderna, que ha conocido el avance simultáneo del Estado y el mercado, presenta dos arquetipos de asesor áulico: el del jurista político y el del economista (14), cuyos epónimos son Bodino y Turgot o, *servata distantia*, Saavedra Fajardo y Ustáriz. Sin llegar tan lejos como Rueff, que daba a entender que la «teoría de la evolución económica [explica] el problema del gobierno de las sociedades humanas, particularmente el mecanismo que ins-

(13) El pensamiento de Röpke ha sido recientemente objeto de gran atención en Italia. Véase W. RÖPKE, *Umanesimo liberale*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2000; *Etica e mercato*, Roma, Armando, 2001; *Democrazia ed Economia. L'umanesimo liberale nella civitas humana*, Bologna, Il Mulino, 2004; *Il vangelo non è socialista*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2006. La bibliografía sobre Röpke en Italia no es de momento importante: véase MÁXIMO BALDINI, *Il liberalismo, Dio e il mercato. Rosmini, Bastiat, Tocqueville, Sturzo, Mises, Hayek, Röpke, Popper*, Roma, Armando, 2001. También el *Feuilleton* de la revista *Ideazione*, n.2, 2005, con artículos de Francesco Forte («La terza via tra mercato e società») y Marco Respinti («L'economia a misura d'uomo»).

(14) Aunque los encargos constitucionales, multiplicados en el siglo XX, han consagrado la preeminencia de aquellos, al menos desde la Primera Guerra Mundial han menudeado las ocasiones en las que los gobiernos han confiado la restauración del bien común al empeño y probidad intelectuales de los economistas. Las comisiones económicas en las que éstos han sido convocados, así como los debates a que dieron lugar, han dejado pequeñas las polémicas decimonónicas clásicas sobre los aranceles y el librecambismo.

tituye y sostiene el orden social bajo diversos regímenes políticos» (15), la historia recoge ejemplos sobrados de naciones que se han hundido a causa de una pedagogía económica nacional pésima, operando en ese caso la política económica como un factor de desestabilización, inhabilitador del sistema constitucional (16). El reconocimiento del estatuto político del economista contemporáneo evitaría tal vez la penosa «[esclavitud] de algún economista difunto», pues «las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando están equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree» (Keynes *dixit*). Por lo pronto, Röpke no fue sólo un doctrinario económico, sino también un moderno consejero de príncipes. Lo fue antes de la Segunda Guerra Mundial y pudo serlo también, *longa manu*, después de ella. Mas como suele ser frecuente entre los facultativos de la política, le acompañó el fracaso o, mejor, la insatisfacción de ver que sus ideas se malograban o, en la circunstancia más favorable, se realizaban pobremente.

Hijo y nieto de médicos de pueblo, Wilhelm Röpke se crió en un ambiente rural (17). Después de la Gran guerra, para la que fue movilizado en 1917 y licenciado con el grado de suboficial y la *EK* (Cruz de hierro), estudió Derecho y Economía política en las universidades de Gotinga, Tubinga y Mar-

(15) Véase J. RUEFF, *op. cit.*, pág. 9.

(16) Una relación de los errores económicos que se han cometido en naciones relativamente prósperas sería necesariamente amplia. Lo desalentador empero no es la posibilidad de equivocarse, sino la persistencia en el yerro. Ante esta eventualidad, la opinión predominante en ciertos ambientes, preferentemente ayunos de saber económico, es trasladar insidiosamente la culpa a los juristas políticos, a quienes se reprocha su incapacidad para adaptar el régimen (sistema de gobierno y libertades civiles y políticas) a las condiciones de una economía supuestamente atrasada que hay que tratar radicalizando las políticas que, paradójicamente, la han venido degradando. La Argentina peronista y la España franquista constituyen dos ejemplos antitéticos de política económica: mientras que la ejecutada bajo Perón no ayudó a la estabilización nacional, la practicada por Franco (un «liberal autoritario») después de la autarquía forzosa, de inspiración ordoliberal, contribuyó grandemente a la obra estatificadora de su dictadura. La obra política de Franco culmina el truncado proyecto histórico del liberalismo hispano: la configuración estatal de la Monarquía de España. Sobre este asunto: J. MOLINA, «Un anticipador de la constitución política de España. Las posiciones jurídico-políticas de Javier Conde», en J. CONDE, *Introducción al Derecho político actual*. Granada, Comares, 2006.

(17) Sobre la biografía de Röpke se informa suficientemente en HELGE K. PEUKERT, «Wilhelm Röpkes Leben und Werk — ein Überblick», en B. SCHEFOLFD, *Vademecum zu einem Klassiker der Ordnungstheorie*, págs. 65-87. Tal vez más accesible J. ZMIRAK, *Wilhelm Röpke. Swiss Localist, Global Economist, passim*. Acotaciones adicionales en Roland Hahn, *Wilhelm Röpke*. Sankt Augustin, Academia Verlag, 1997, págs. 13-16; DIETER HASELBACH, *Autoritärer Liberalismus und Soziale Marktwirtschaft. Gesellschaft und Politik im Ordoliberalismus*. Baden Baden, Nomos Verlagsgesellschaft, 1991, págs. 162-173.

burgo. Habilitado por esta última en 1922 con un importante estudio sobre la coyuntura económica (18) y apoyado por su mentor Walter Troeltsch, liberal a pesar de su vinculación con la Escuela histórica, se incorporó inmediatamente a su claustro en calidad de *Privatdozent* para enseñar Política económica. Al mismo tiempo fue asesor del Ministerio de Asuntos exteriores en materia de reparaciones de guerra (*Kommission zum Studium des Reparationsproblems*). Entre 1924 y 1928 profesó como docente extraordinario (el más joven de Alemania) en la Universidad de Jena, beneficiándose en el ínterin de una pensión de la Fundación Rockefeller para visitar los Estados Unidos y estudiar el problema agrario (19). En 1928, forzado por el ambiente hostil de Jena (20), aceptó un nombramiento de profesor ordinario en Graz. En la universidad austríaca enseñó la Economía política apenas dos semestres, pues al año siguiente fue propuesto para la cátedra de Marburgo. Sus importantes trabajos sobre el dinero, el crédito y la coyuntura económica, orientados ya claramente hacia una visión liberal de la «economía de tráfico» y, en particular, del comercio internacional, despertaron el interés de la cancillería alemana. Lo cual, junto a la mediación de su amigo Rüstow, que le entremetió en los ambientes políticos, explica que el gobierno Brüning le incorporara como experto a la Comisión de Reich encargada, entre 1930 y 1931, de proponer políticas anticíclicas activas contra el desempleo (*Reichskommission zum Studium der Arbeitslosenfrage*), la famosa *Braunns-Kommission* creada en el Ministerio de trabajo (21). En la ocasión, su defensa del impulso estatal inicial para salir de la crisis («Initialzündung») nunca sobrepasó empero los límites de una concepción liberal moderada, actitud que le enfrentaba a los círculos de economistas reformistas, prefigurándose ya, por cierto, su posterior polémica contra el keynesianismo. El dictamen de la comisión inspirado en estos principios no fue aceptado, de modo que la influencia real de su pensamiento sobre la política económica del Reich no pasó entonces de modesta.

Mas desde principios de la década de 1930 sumó Röpke al *consilium* y al *studium* una creciente actividad como creador de opinión en artículos perio-

(18) *Die Kojunktur. Ein systematischer Versuch als Beitrag zu Morphologie der Verkehrswirtschaft*. Jena, Fischer, 1922 [La coyuntura. Un estudio sistemático como contribución a una morfología de la economía de tráfico].

(19) Véase W. RÖPKE, «Das Agrarproblem der Vereinigten Staaten», en *Archiv für Sozialwissenschaft*, LVIII-LIX, 1927-1928.

(20) En Jena tenía su sede *Die Tat. Monatschrift für die Zukunft deutscher Kultur*, editado por Eugen Diederichs. Véanse *infra* notas 24 a 27.

(21) La memoria de Röpke se recoge en «Praktische Kojunkturpolitik. Die Arbeit der Brauns Kommission», en *Weltwirtschaftliches Archiv*, octubre de 1931.

dísticos y alocuciones públicas, directamente relacionadas con la política del día. Un momento de inflexión en su trayectoria, enfrentada sistemáticamente con los futuros amos de Alemania, fue su discurso a sus paisanos de las laldas de Luneburgo. Según él mismo recordaba, a finales de las vacaciones universitarias, unos días antes de las decisivas elecciones de septiembre de 1930, se encontraba en casa de su madre. La agitación de la propaganda nacionalsocialista había hecho presa en los campesinos bajosajones. «Mi madre me hizo comprender que en consideración a mi título de profesor estaba obligado a intervenir con algún tipo de exhortación» (22). Imprimió entonces su famosa octavilla «Un hijo de la Baja Sajonia se dirige a sus paisanos» (23), en la que se presentaba como uno de los suyos y exponía con claridad, apelando al buen sentido, en qué terminaría todo si las hordas nazis, enemigas de los campesinos, alcanzaban el poder. Constituía una grave equivocación creer que todo iba tan mal que nada se perdía ensayando el experimento nacionalsocialista. «Nadie que vote nacionalsocialista en las elecciones del 14 de septiembre podrá decir luego que no era consciente de lo que iba a venir. Por eso debe saber que elige el caos y no el orden, la devastación y no la fundación» (24). Mucha mayor trascendencia tuvo, sin duda por la repercusión periodística, su polémica con los intelectuales del grupo de la revista *Die Tat*, referencia emblemática para la «Revolución conservadora» hasta 1937 que a principios de los años 30 alcanzaba ya una tirada de más de 30.000 ejemplares. Röpke, amparado por el pseudónimo *Ulrich Unfried* (25), publicó una serie de tres artículos acerca de la actitud anticapitalista de los intelectuales del *Tatkreis*; se refería particularmente, sin men-

(22) Véase W. RÖPKE, *Explication de l'Allemagne*. Ginebra, Les Éditions du Cheval Ailé, 1945, págs. 84-5.

(23) Véase W. RÖPKE, «Nationalsozialisten als Feinde der Bauern. Ein Sohn Niedersachsens an das Landvolk (11.09.1930)», en *Gegen die Brandung. Zeugnisse eines Gelehrtenlebens unserer Zeit* (comp. y ed. de A. Hunold). Erlenbach - Zúrich, Eugen Rentsch Verlag, 1959, págs. 84-86.

(24) W. RÖPKE, «Nationalsozialisten als Feinde der Bauern. Ein Sohn Niedersachsens an das Landvolk», en *op. cit.*, pág. 85. La hoja terminaba con el recordatorio de que serían cómplices de la tragedia aquellos que «voten a los nacionalsocialistas o a partidos que no tengan escrúpulos en formar gobierno con ellos», *ib.*, pág. 86. Con pesar recordaba Röpke las burlas e injurias de que fue objeto: W. RÖPKE, *Explication de l'Allemagne*, pág. 84.

(25) Respondía así a la irresponsabilidad de los intelectuales de *Tat*, particularmente a quien firmaba como *Ferdinand Fried* (pseudónimo de Ferdinand Friedrich Zimmermann) y divulgaba las teorías nacionalsocialistas sobre el fin del capitalismo. Sobre ese grupo, el *Tatkreis* (HANS ZEHRER, FERDINAND F. ZIMMERMANN, ERNST WILHELM ESCHMANN y GISELHER HIRSING), puede verse una sumaria exposición de WERNER OLLES, «Revolution von oben: Vor 90 Jahren wurde *Die Tat* gegründet», en *Junge Freiheit*, 16 de abril de 1999.

tarlo, al libro *Das Ende des Kapitalismus* (26), una compilación de los artículos de *Ferdinand Fried* publicados en *Die Tat* hasta octubre de 1929. En su opinión, el capitalismo siempre ha recibido críticas, pero la novedad es que en ese momento estas eran más torpes, ignorantes y agresivas que nunca (27). Gentes con escasa preparación económica solían presentar un sistema capitalista desfigurado por elementos y adherencias extrañas. Según Röpke, esta ceguera para la realidad sólo se explica por la proletarización y masificación de los mismos intelectuales, demasiado proclives al sentimentalismo, una pasión peligrosa hábilmente explotada por el antiliberalismo catastrofista del «círculo de gente leída e histérica» que editaba *Die Tat* (28). Más tarde lanzaría una seria advertencia sobre las consecuencias del sentimiento quiliástico que se había apoderado de Alemania en vísperas de la toma del poder por los nazis a finales de enero de 1933. El desorden social, un mal en sí mismo, propiciaba además que aumentara el número de partidarios de la planificación. En vez de aceptar la afirmación propagandística de un cambio de época y una crisis terminal del mundo liberal capitalista, le parecía más realista insistir en que la crisis todavía podía explicarse racionalmente como un ajuste del capitalismo a las duras condiciones de vida impuestas por la postguerra. No era necesario, por tanto, cambiar las recetas liberales por soluciones que únicamente conseguirían radicalizar el morbo denunciado (29).

En el mes de febrero de 1933 cruzó Röpke el Rubicón de su compromiso político con las ideas liberales que postulaba para la reconstitución de Alemania, alejadas tanto del radicalismo izquierdista como de las políticas de los partidarios de utilizar el artículo 48 de la constitución de Weimar para so-

(26) JENA, DIEDERICH, 1931. Trad. francesa: *La fin du capitalisme*. París, Grasset, 1932.

(27) W. RÖPKE, «The Intellectuals and Capitalism (*Frankfurter Zeitung*, 6, 11 y 13 de septiembre de 1931)», en *Against the Tide*. Chicago, Henry Regnery, 1969, pág. 26.

(28) La opinión de DIETER HASELBACH, que alinea, a pesar de las distancias, las posiciones económicas de Röpke y el *Tatkreis* (cuyo mote era «wirtschaftlich links und politisch rechts») carece, a nuestro juicio, de fundamento. En su libro sobre el «liberalismo autoritario» insiste en ella pues sin duda conviene a la tesis de su, por lo demás, muy notable obra. Cfr. D. HASELBACH, *Autoritärer Liberalismus*, págs. 63-70 sq. La defensa röpkeana del «starker Staat» está muy lejos del «Termiten Staat» a que abocaba, según el economista, el programa económico y político del *Tatkreis*. Tiene enorme interés para esto W. RÖPKE, «Fascist Economy», en *Economica*, febrero de 1935, esp. págs. 95-98. Si tiene razón Haselbach cuando señala la proximidad entre la idea del «Estado fuerte» de Röpke y la del «Estado total en sentido cualitativo» de Carl Schmitt. Cfr. J. MOLINA, *La tercera vía en Wilhelm Röpke*, págs. 48-50.

(29) Véase W. RÖPKE, «The Secular Significance of the World Crisis», en *Against the Tide*, págs. 71 y 73.

lucionar la deriva económica bajo la dictadura del Presidente del Reich (30). En un discurso de gran valor cívico pronunciado en Frankfurt el día 8 (31) se enfrentó abiertamente a la retórica nazi, partidaria del «regreso a los bosques de Germania» cuando lo que necesita una sociedad cada vez más compleja no es el halago de la bajas pasiones de las masas, sino dosis mayores de inteligencia y disciplina (32). Pero Röpke apuntaba más alto, pues el totalitarismo, sea pardo, negro o rojo, constituye un ataque contra el mismo centro de la civilización occidental, con la ambición de sustituir la libertad, la razón y la humanidad por el servilismo, el irracionalismo y la brutalidad. Mas su carrera académica terminó realmente el 27 de febrero. «La mañana de aquel día memorable que conoció, caída la tarde, el incendio del Reichstag por los nacionalsocialistas» (33), Röpke tuvo que pronunciar, como decano de facultad, la oración fúnebre por Walter Troeltsch. La de Troeltsch había sido, según el orador, una personalidad espiritual y retraída, un poco a la *Candide* —«mais il faut cultiver notre jardin»—, así, prosiguió, «semejante jardinero ya no tenía ya lugar en nuestra época, un tiempo que se afana en convertir el jardín de la civilización en un bosque primitivo» (34). Los nazis aceptaron el envite y convirtieron esa «agresión al nacionalsocialismo» en causa bastante para desposeerle de su cátedra el 7 de abril. Röpke, declarado enemigo del pueblo «y tratado como tal por la mayoría de mis colegas» (35), fue pues uno de los primeros profesores expulsados de la universidad. No intentó, sin embargo, congraciarse con el régimen, ni siquiera cuando le enviaron a dos miembros de la *Schutzstaffel* (SS) con la misión de hacerle retractarse públicamente e ingresar en el partido. Su airada negativa y la siniestra indiferencia de los interpelantes le obligaban a dejar Alemania. Tras un breve exilio en Suiza y Holanda, en donde todavía se le ofreció la posibilidad de regresar a Marburgo con todos los honores, partió en octubre para Turquía en compañía de su mujer y sus tres hijos.

No era mala, como solución provisional, la Universidad de Estambul, pues a pesar de la escasez de medios había recalado en ella una parte pequeña pero significativa de la inmigración intelectual alemana, la llamada «Notgemeinschaft deutscher Wissenschaftler im Ausland» o «comunidad transte-

(30) Véase W. RÖPKE, «The Secular Significance of the World Crisis», en *op. cit.*, pág. 45.

(31) J. ZMIRAK, con razón, se refiere a esa fecha como el día de su «suicidio académico», *op. cit.*, pág. 35.

(32) Véase W. RÖPKE, «The End of an Era?», en *Against the Tide*, págs. 80-81.

(33) Véase W. RÖPKE, *Explication de l'Allemagne*, pág. 26.

(34) *Ibid.*

(35) Véase W. RÖPKE, *Explication de l'Allemagne*, pág. 101.

rrada de los científicos alemanes». Allí, por ejemplo, tuvo ocasión de estrechar su amistad con Rüstow, a quien, tal vez, deba Röpke la determinación de estudiar sistemáticamente la crisis de los años 30 y 40 desde el punto de vista de la crítica de la cultura. El régimen de Attaturk tan sólo exigía que los profesores invitados hicieran el esfuerzo de introducirse en el idioma nacional y, asimismo, que publicaran en lengua turca algunos trabajos científicos (36). En realidad, Röpke había llegado con el encargo de fundar un Instituto de Ciencias sociales. Permaneció en su cátedra de Economía política de Estambul hasta 1937, momento en el que decidió aceptar una oferta de William E. Rappart para incorporarse al *Institute des Hautes Études Internationales* de Ginebra, fundado por el historiador de la economía Paul Mantoux. Fueron casi cuatro años de profundas meditaciones, propiciadas por el relativo alejamiento de la política europea; en ellos tuvo tiempo de emprender su más importante síntesis doctrinal titulada *Die Lehre von der Wirtschaft* (*La teoría de la economía*), redactada en 1936 por encargo de una casa editorial austríaca y cuya primera edición fue secuestrada y prohibida después del *Anschluß*. En sus páginas se condensan «unos quince años de experiencia pedagógica universitaria al servicio de una obra que justificadamente se consideraba necesidad imperiosa» (37). También en 1936 apareció una nueva versión en inglés de su trabajo *Krisis und Kojunktur* (1932): *Crisis and Cycles* (38). Apoyado en sus estudios previos sobre la formación del capital y el origen bancario de las crisis cíclicas —la expansión del crédito del banco emisor como causa del exceso de inversiones en bienes de capital—, Röpke desarrolló en ese libro con más detalle su teoría de la depresión o crisis secundaria («sekundäre Krise»), expuesta por primera vez en el seno de la *Braunns-Kommission*. Esta consiste, básicamente, en la contracción de la actividad económica que, originada por la crisis de demanda, agrava, a su vez, los efectos de esta última. La espiral sólo puede romperse, a su juicio, con el recurso a la expansión crediticia estimulada por el gobierno y las obras públicas —«Initialzündung»—. Mas superada la crisis secundaria es preciso, cuanto antes, que el gobierno se retire del mercado. Aquella política, en suma, «significa que en ciertas circunstancias puede resultar conveniente, e incluso indispensable, intervenir con medidas activas en el punto crítico inferior del ciclo económico para superar la desproporción entre aho-

(36) Röpke impartía sus clases en inglés, alemán o francés, dependiendo del intérprete turco que se le asignara cada día. Véase EVA RÖPKE, *apud* J. ZMIRAK, *op. cit.*, pág. 42.

(37) Véase W. RÖPKE, *Introducción a la Economía política*. Madrid, Alianza Editorial, 1966, pág. 11.

(38) Londres, William Hodge.

ro e inversión, y de ese modo, acelerar el restablecimiento del equilibrio, ya iniciado por la crisis. Pero no significa que tal política deba comenzar en la crisis primaria que sigue inmediatamente al período de prosperidad y tampoco significa que deba ser empleada erróneamente en el intento, sumamente peligroso, de perpetuar su auge» (39). Lo entendieron de otro modo Hitler, Roosevelt y, después de la guerra, todos los partidarios de Keynes y del Estado inflacionista. En cualquier caso, quedaban así fijadas las categorías esenciales de la teoría económica röpkeana.

En la institución ginebrina que le acogió, por la que también pasaron Guillermo Ferrero, Hans Kelsen o Ludwig von Mises entre otros, Röpke impartía clases de política económica. Gracias a una dotación de la Fundación Rockefeller desarrolló una investigación sobre los efectos que sobre el comercio mundial tuvo el tipo de política económica desarrollada después de la Gran Depresión. *International Economic Disintegration* comprende lo sustantivo de aquel estudio (40). No le faltaron entonces ofertas para trasladarse a los Estados Unidos, particularmente cuando la guerra comenzó, pero Röpke decidió quedarse en Suiza, pues la proximidad a los grandes acontecimientos le permitiría influir sobre ellos (41). Mientras duró la contienda se concentró en su *opera magna*, la trilogía que forman *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart* (42), *Civitas Humana. Grundfragen der Gesellschafts- und Wirtschaftsreform* (43) e *Internationale Ordnung heute* (44). Se confirma en ella un sensible cambio de actitud hacia los problemas de la modernidad, pues se acentúan el realismo político y económico de sus páginas, así como

(39) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*. Madrid, Revista de Occidente, 1947, págs. 251-52.

(40) Londres, William Hodge, 1942. Nueva edición: Filadelfia, Porcupine, 1978. El contenido fue más tarde reelaborado en *Internationale Ordnung heute* (1945). Esta *habilidad editorial* del economista alemán, «con frecuencia preocupado por el dinero» (V. Curzon-Price, *apud* J. ZMIRAK, *op. cit.*, pág. 203), le convertía en un «maestro de segundos y terceros aprovechamientos» de textos ya publicados (D. HASELBACH, *op. cit.*, pág. 309, nota 55), ello no sólo explica las más de 3.000 entradas de su bibliografía, sino también la dificultad para quintaesenciar una obra cuyos perfiles, a veces, se desdibujan en la reiteración.

(41) Röpke rechazó en 1940, 1941 y 1943 sendas ofertas de la New School for Social Research de Nueva York.

(42) Erlenbach-Zürich, Eugen Rentsch Verlag, 1942. Trad. española: *La crisis social de nuestro tiempo*.

(43) Erlenbach-Zürich, Eugen Rentsch Verlag, 1944. Trad. española: *Civitas humana. Cuestiones fundamentales en la reforma de la sociedad y la economía*. Madrid, Revista de Occidente, 1955.

(44) Erlenbach-Zürich, Eugen Rentsch Verlag, 1945. Trad. española: *Organización e integración económica internacional*. Valencia, Fomento de Ediciones, 1959.

el sesgo conservador de su liberalismo, que desde entonces, a pesar del ímpetu del autor, no deja de destilar un cierto pesimismo. La trilogía es en realidad un vasto programa de reforma del orden social de la civilización occidental, amenazada por la infección colectivista, un mal del espíritu de dudoso pronóstico. Como el propio autor reconocía, su deuda con Rüstow, que por entonces trabajaba en su obra más ambiciosa, *Ortsbestimmung der Gegenwart. Eine universalgeschichtliche Kulturkritik* (45) (*Ubicación de la actualidad. Una interpretación de la civilización desde el punto de vista de la historia universal*) era inmensa; a él le debe probablemente la incitación, incluso el tono, de la trilogía. La influencia de Rüstow sobre el pensamiento de Röpke está detrás de la evolución de este último hacia el liberalismo de la ilustración escéptica que reivindica, frente a la tradición racionalista ilustrada, la herencia medieval, cristiana y germánica, así como la importancia de las instituciones para la realización de las ideas (46). De la rápida divulgación de aquellos libros escritos en plena guerra europea, traducidos a casi todas las lenguas cultas en poco menos de una década, ha dependido en gran medida la fama de su autor fuera de Alemania. Sin embargo, el predicamento de Röpke en su patria, al menos visto retrospectivamente, tiene otros orígenes más inmediatos: de una parte el patrocinio intelectual de la política económica del ministro Erhard; de otra, su libro *Die deutsche Frage* (47) (*La cuestión alemana*), una muy personal exposición del prusianismo como mal alemán y del programa para la reconstrucción política, económica y moral del país, causa de una enorme polémica y de las gruesas invectivas que por entonces le dirigieron los sectores izquierdistas y nacionalistas, tratándole de *persona non grata* y casi de traidor a la patria (48).

Aunque, ciertamente, la situación de Alemania en 1945 era catastrófica, la administración económica de los aliados la agravó hasta el punto de que en febrero de 1946 decía el laborista John Hynd, Ministro británico para Alemania, que «era cuestión de días que 23 millones de personas murieran de hambre en las calles». Erhard, que trabajaba para las fuerzas de ocupación americanas,

(45) Erlenbach-Zürich, Eugen Rentsch Verlag, 1950, 1952, 1957, 3 t. Resulta preferible la edición inglesa condensada preparada por su hijo, Dankwart A. Rüstow: *Freedom and Domination. A Historical Critique of Civilization*.

(46) Tesis de J. ZMIRAK, *op. cit.*, págs. 91-94, que en términos generales suscribimos también aquí.

(47) Erlenbach-Zürich, Eugen Rentsch Verlag, 1945. Se cita por la trad. francesa: *L'explication de l'Allemagne*.

(48) En el contexto del pensamiento histórico y la filosofía de la historia en Alemania se refiere E. NOLTE a *La cuestión alemana* de Röpke en: *Geschichtsdenken im 20. Jahrhundert. Von Max Weber bis Hans Jonas*. Berlín-Frankfurt, Propyläen, 1992, págs. 360-62.

había conseguido que el General Lucius Clay le impusiera como Ministro de economía en el gobierno de Baviera, en manos de la socialdemocracia, en septiembre de 1945 (49). Todo su afán era la puesta en práctica de las ideas de Röpke. Dos años después fue nombrado director de la Oficina para asuntos monetarios y cambiarios, en cuyo comité de expertos consiguió una mayoría de partidarios del tratamiento de choque. Este comenzó realmente con la decisión de liberalizar la bizona (anglonorteamericana) el día 21 de junio de 1948, eliminando del mercado la mayoría de controles políticos y administrativos. Como es sabido, los comercios volvieron a reabastecerse y la nueva moneda, el «Deutsche Mark», saneó el mercado; sin embargo, los sindicatos y la socialdemocracia amenazaban la viabilidad de la nueva política económica con la huelga convocada el 12 de noviembre. La víspera, Erhard habló a la nación y en su discurso recurrió a las consignas lanzadas por Röpke en *Die deutsche Frage*. Salvado ese primer escollo, el llamado «milagro alemán» fue una realidad en pocos años. La colaboración de Röpke llegaría a estrecharse hasta el total compromiso intelectual con el gobierno de Konrad Adenauer, cuando el antiguo alcalde de Colonia le encargó en 1950 el famoso informe *Ist die deutsche Wirtschaftspolitik richtig?* (50) (*¿Es adecuada la política económica alemana?*), en el que se defendía la «Economía social de mercado», efectivo lema acuñado por Alfred Müller-Armack (51). A pesar de su privilegiada situación como consejero ministerial y, más tarde, presidencial, Röpke no quiso ya regresar a su patria, mucho menos cuando sus relaciones con la CDU se estropearon por su oposición a la política de integración alemana en las Comunidades Europeas. La vía de la *supranacionalidad*, laminadora de las patrias en lo cultural y espiritual, y del mercado en lo económico, no se ajustaba a sus ideales de 1945: «volver a hacer de Alemania un miembro de Europa y, por la vía orgánica de una pacífica reintegración, proteger a Europa de Alemania y a Alemania de sí misma». Son estas las palabras que introducen al lector en un libro amargo a todos los efectos: *La cuestión alemana* (52).

Explicaba Röpke en esas páginas la gran tragedia como una consecuencia del espíritu prusiano, característico, a su juicio, de lo peor del país, desde el feudalismo de la *Junkertum* al nacionalsocialismo (53); también de las pa-

(49) Véase J. ZMIRAK, *op. cit.*, págs. 150 *sq.*

(50) Stuttgart-Colonia, Kohlhammer, 1950.

(51) Aunque es un asunto que ha perdido interés, al menos en Europa, la literatura sobre el mismo es vastísima. Puede ser útil una referencia de primera mano, aunque fechada en 1972: L. ERHARD y A. MÜLLER-ARMACK, *El orden del futuro. La Economía social de mercado*. Buenos Aires, Eudeba, 1981.

(52) Véase *L'explication de l'Allemagne*, págs. 17-8.

(53) *Op. cit.*, espec. 2.^a parte.

siones características del alma alemana —así, un cierto fundamentalismo («Gründlichkeit») en la realización de las ideas (54) o el romanticismo, que resulta nefasto cuando no está regido por la razón (55)— y de la irresponsabilidad de los círculos intelectuales (56). No obstante, también tenían su alícuota de responsabilidad los extranjeros que sabían lo que estaba pasando pero que prefirieron desentenderse, es decir, los tontos útiles de la que llamaba «legión extranjera moral del nacionalsocialismo». La solución (57) no era promulgar una constitución de papel, el «error de 1919», sino la reeducación en los valores de la civilización occidental (revolución moral), la creación de una confederación alemana de Estados autónomos (58) (revolución política) y la desproletarización de la sociedad (revolución económica y social). Pero tal vez lo más significativo fue su prevención contra el colectivismo ruso, en el que veía ya apuntado el verdadero problema de los años venideros. A su juicio, la infiltración soviética en el este era intolerable, pero no se engañaba sobre «la dura realidad del limes oriental». De ahí la conveniencia de retrasar la unificación, que en ese momento sólo favorecería a los intereses rusos. En rigor, las páginas finales de *La cuestión alemana* codifican la política de contención frente al comunismo, de integración de Alemania en la comunidad atlántica y de coordinación económica entre las tres zonas bajo administración de los aliados occidentales, es decir, el programa ejecutado por Adenauer para la República Federal de Alemania.

Pero quien así inquirió en los descarríos de su patria, ya se ha dicho, no regresó a ella. No quería, dijo alguna vez, volver «dans le fourgon des Alliés» (59), como se decía de los emigrantes franceses del período revolucionario y napoleónico que regresaron al Hexágono después de las guerras del Imperio. Röpke hubiese deseado una convocatoria formal e inmediata de su *alma mater* marburguesa para restituirle en su cátedra, pero la rehabilitación se retrasó hasta 1956. Para entonces eran muchas las universidades alemanas que le reclamaban, pero Suiza se había convertido ya en su segunda patria. En ella veía, a pequeña escala, las virtudes de una Europa plural y liberal; también, por tanto, un semillero de experiencias para rectificar la trayectoria histórica del viejo continente. Una y otra vez encarecía el ejemplo de la confede-

(54) *Op. cit.*, p. ej., págs. 60-62.

(55) *Op. cit.*, p. 195.

(56) *Op. cit.*, p. ej., págs. 80 sq.

(57) Para lo que sigue, *op. cit.*, 3.^a parte.

(58) Es decir, acabar con la influencia de Prusia y reconstituir la «nación de naciones» anterior al Reich guillermino. *Op. cit.*, pág. 287. Esta suerte de federalismo sería la mejor garantía de una política antiolecionista. *Op. cit.*, pág. 296.

(59) Véase D. HASELBACH, *op. cit.*, pág. 170.

ración helvética como uno de los centros de atracción espiritual del siglo XVIII, como modelo federal para Europa o, simplemente, como testigo de un capitalismo no colosalista y una isla de libertad no inflacionista desde 1945. Allí fundó, según es sabido junto a Hayek, el mecenas Albert Hunold y varios economistas, historiadores y filósofos, la *Mont Pelèrin Society*, que en su declaración fundacional del 10 de abril de 1947, sobre el supuesto de que «los valores de la civilización [estaban] en peligro», se comprometía a defender la libertad, la dignidad humana y todo aquello que constituye la «más preciada posesión del hombre occidental». El programa original se orientaba hacia la interpretación de la crisis del mundo contemporáneo, la redefinición de los límites del Estado y las condiciones para el restablecimiento del imperio de la ley y un orden internacional garante de la paz y la libertad.

Aunque no se ha escrito demasiado sobre esta influyente sociedad liberal (60) es bien sabido que en su seno tuvieron lugar importantes disputas entre las dos formas de entender el liberalismo a que se hizo referencia más arriba. Así fue desde la primera conferencia ordinaria, celebrada en Seelisberg (Suiza) en 1949, en la que chocaron Eucken y von Mises, hasta la asamblea de Turín de 1961, que decidió la suerte futura de la sociedad y la relegación de los ordoliberales. En Turín precisamente disputaron agriamente Hayek de una parte y Röpke y Hunold de la otra (61). Röpke había ocupado la presidencia de la organización el bienio 1961-62, sucediendo a Hayek (1947-1961). Les separaban, más allá de las diferencias estrictamente personales referidas a la iniciativa de la fundación del grupo (62), una visión distinta del mercado, no tanto desde dentro, sino desde fuera, es decir, en su relación con las otras ordenaciones configuradoras de la estructura social, particularmente la política. Pues la concepción de la acción humana desde el punto de vista de la cataláctica (von Mises, Hayek), basada en el mercado como una suerte de *natura naturans*, se opone polarmente al pensamiento en órdenes concretos del ordoliberalismo (Eucken, Röpke, Müller-Armack, Rüstow), en donde el mercado como institución opera más bien, en su estrecha relación de dependencia con otras instituciones, como *natura naturata* (63). Además de la divergente concepción antropológica, racional-utilita-

(60) Podrá consultarse con provecho Ronald Max Hartwell, *A History of the Mount Pelèrin Society*. Indianapolis, Liberty Fund., 1995.

(61) El primer infarto sufrido por Röpke en 1964 tiene que ver, según han relatado, entre otros, el escritor católico Thomas Molnar, con el enrarecido ambiente de una organización que, finalmente, abandonó. *Apud* J. ZMIRAK, *op. cit.*, págs. 202-03.

(62) Véase F. A. HAYEK, *Las vicisitudes del liberalismo. Ensayos sobre Economía austriaca y el ideal de la libertad*. OO. CC., t. IV. Madrid, Unión Editorial, 1996, pág. 206.

(63) Fuera de estas premisas, estimamos que la discusión entre ordoliberales y neolibe-

ria o individualista en un caso y racional-orgánica o personalista en otro, no puede prescindirse del viejo problema del método («Methodenstreit»), que está en la base de la negativa opinión, no pocas veces expresada hoscamente, que von Mises tenía de la Economía política alemana. Cualquiera que hubiese escuchado sus «cásticos comentarios» de los años 20, recordaba Hayek, «no podría evitar llegar a la conclusión de que la economía como ciencia había muerto en Alemania» (64). Mas la disputa sobre el método no fue sólo un debate epistemológico entre los métodos inductivo (Nueva escuela histórica) y deductivo (Escuela austríaca), según parece deducirse del propio balance austríaco (65). También tenía que ver, aunque no podemos detenernos en ello, con las relaciones entre los órdenes económico, político y ético, asunto debatido en ocasiones sucesivas durante las reuniones del *Verein für Socialpolitik* y para el que no pueden desconocerse ni el influyente estudio de Max Weber sobre la «neutralidad axiológica», ni su conceptualización de los «tipos ideales», tan importantes para explicar la apertura a la realidad de la ciencia económica, proceso incoado por Röpke en su aparentemente escolar *Teoría de la economía* y confirmado después por Eucken —*Die Grundlagen der Nationalökonomie* (1939)—, y, en la dirección trazada por este último, por Heinrich Freiherr von Stackelberg (66).

rales carece de sentido. Por eso el cruce de notas entre RALPH E. ANCIL, editor de *The Röpke Review*, e Ivan Pongracic sobre las diferencias entre el Mises y Röpke ha dejado las cosas como estaban, pues ni uno ni otro han rozado siquiera lo sustantivo. Véanse R. E. ANCIL, «Röpke and von Mises: The Difference», en *The Röpke Review*, invierno — primavera de 1994; I. Pongracic, «How Different Were Röpke and Mises?», en *Review of Austrian of Economics*, 10, n.º 1, 1997.

(64) Véase F. A. HAYEK, *Las vicisitudes del liberalismo*, pág. 200. Nunca cambió la opinión de von Mises sobre «la esterilidad de Alemania en el campo de la ciencia económica». Véase L. VON MISES, «El marco histórico de la Escuela austríaca (1969)», en *Autobiografía de un liberal*. Madrid, Unión Editorial, 2003, pág. 190. Conviene leer este texto, que por sus ataques a Sombart —«glorificador de los Hohenzollern» y «canonizador de Hitler» (*ib.*, pág. 191)— recuerda las invectivas de Schmoller contra Menger que inauguraron el «Methodenstreit», a la luz de su obra más importante sobre el asunto: *Teoría e historia* (1957). Madrid, Unión Editorial, 2003.

(65) Especialmente significativo a este respecto J. HUERTA DE SOTO, «El *Methodenstreit*, o el enfoque austríaco frente al enfoque neoclásico en la ciencia económica», en *Nuevos estudios de economía política*. Madrid, Unión Editorial, 2002.

(66) Véase W. EUCKEN, *Cuestiones fundamentales de la Economía política*. Madrid, Revista de Occidente, 1947. Eucken veía en la dicotomía teoría e historia una «división de índole literaria» que no respondía a la moderna teoría de la ciencia, *ib.*, pág. 51. La renovación del saber económico pasaba por la solución de la «gran antinomia»: «el carácter histórico del problema [económico] requiere observación, intuición, comprensión y sensibilidad ante la vida individual; en cambio, el carácter teórico general exige: pensar racional, análisis y trabajo con

2. CONSERVADOR, ANTICOMUNISTA, CRISTIANO

La *Mont Pelèrin Society* no operó en el vacío; a pesar de las dificultades, los notables del pensamiento liberal desarrollaron paralelamente todo tipo de iniciativas académicas y editoriales. Desde 1948 empezaron a publicarse en Alemania dos importantes revistas científicas: *Ordo* y *Kyklos*, estrechamente relacionadas con el círculo intelectual de Friburgo de Brisgovia y su Universidad, y a cuya ideación y desenvolvimiento contribuyó Röpke. Hay en ambas, particularmente en *Ordo*, la intención de salvar las fronteras que artificialmente separan, hasta dejarlas estancas, las diversas ordenaciones de la vida humana colectiva (67).

Esta intensa actividad intelectual rindió sus mejores frutos en poco más de una década (68). En el ínterin creció el prestigio de sus promotores, cuya ciencia y consejo eran buscados también en países que habían quedado temporalmente ladeados de la línea de avance del pensamiento liberal. Se prestaba en ellos una atención especial a sus obras, eran invitados por instituciones privadas y públicas e, incluso, se ponían en práctica políticas económi-

modelos conceptuales», *ib.*, pág. 38. A su juicio, tanto los economistas teóricos como los historicistas tenían en parte razón, pues «cada época exige su teoría», *ib.*, pág. 62. Partiendo de estos supuestos epistemológicos y del principio fenomenológico de que toda actividad económica se desenvuelve dentro de un orden y según un plan (*ib.*, págs. 76-86), el malogrado economista desarrolló su conocida morfología económica, a la que está dedicado su libro de 1939: economía de tráfico, «Verkehrswirtschaft», y economía con dirección central, «Zentralverwaltungswirtschaft» (espec. cap. II; también del mismo *Fundamentos de política económica*. Madrid, Rialp, 1956, espec. caps. VII y VIII). Véase así mismo H. FREIHERR VON STACKELBERG, *Principios de teoría económica*. Madrid. I. E. P., 1946. En una misma línea, aunque con resultados muy distintos dado el sesgo historicista, ensayó Müller-Armack su idea de los «estilos económicos». Véase A. MÜLLER-ARMACK, *Genealogía de los estilos económicos* (1943). México, F. C. E., 1967.

(67) *Ordo*, dirigida por EUCKEN y F. BÖHM, prolonga un proyecto de la preguerra que ambos, junto a H. GROBMANN-DOERTH, lanzaron en 1936 bajo el lema «Ordnung der Wirtschaft» («El orden de la economía»). Aspiraban, según reza en la declaración de intenciones («Nuestra tarea»), a devolver al Derecho político y a la Economía política el lugar que les correspondía en la rección de las sociedades, después de haber estado mucho tiempo relegados por el historicismo. Véase la introducción de W. EUCKEN, F. BÖHM y H. GROBMANN-DOERTH a F. BÖHM, *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe und rechtsschöperische Leistung*, págs. VII-XIX.

(68) A ello responden los numerosos reconocimientos y distinciones para los que fue propuesto, particularmente varios doctorados en universidades europeas y norteamericanas (Columbia, Múnich, Ginebra) y la Gran Cruz del mérito con estrella de la República Federal de Alemania, concedida en 1964. Más detalles en H. K. PEUKERT, «Wilhelm Röpke», en *Neue Deutsche Biographie*. Berlín, Duncker und Humblot, 2003, t. XXI, pág. 735.

cas según las directrices de la Economía social de mercado. El caso de Röpke resulta especialmente llamativo, pues realizó varias giras de conferencias por Hispanoamérica justo en el momento en que todavía quedaba tiempo para evitar los peligros de la economía colectivista: Röpke había advertido en 1953 que la Argentina peronista era un «buen ejemplo del corto tiempo en que, pese a todas sus posibilidades, países agrarios florecientes pueden convertirse en verdaderas zonas de miseria» (69). En 1957 visitó México y Venezuela, cuya dirigencia económica era especialmente sensible a la crítica röpkeana del inflacionismo (70). En 1960, coincidiendo con la meseta del gobierno del presidente Arturo Frondizi (1958-1962), Röpke desarrolló una gran labor divulgadora de sus ideas en Argentina (en esa ocasión visitaría también Perú y nuevamente Venezuela). No puede decirse que Röpke fuese un autor desconocido en aquel país, pues en 1949 se tradujo su folleto *La crisis del colectivismo* (71). Sin duda la política económica argentina de esa época, que recuperó el crédito internacional de la nación, hizo posible un viaje auspiciado por el Foro de la Libre Empresa en el que el economista afincado en Suiza pudo disertar ante auditorios tan distinguidos como los de la Facultades de Derecho y Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, la Bolsa, la Unión Industrial Argentina, la Escuela Superior de Guerra y la Universidad de La Plata. Menos la última, todas las conferencias fueron editadas bajo el título *Economía y libertad* (72). Aquellas jornadas tuvieron una importante repercusión periodística, reforzada por la publi-

(69) Todo ello en el contexto de su crítica a la «locura industrial-socialista» que se extendía por los países descolonizados y que, al menos en parte, tenía que ver con las teorías sobre la industrialización lanzadas antes de la guerra por el economista rumano Mihail Manoilescu. Véase W. RÖPKE, *Los países subdesarrollados*. Buenos Aires, Ediciones de Economía del Atlántico, 1960, pág. 40, nota 22. Cfr. M. MANOILESCO, *Teoría del proteccionismo y del comercio internacional*. Madrid, Ministerio de Industria y Comercio, 1943. Se leerá con provecho: S. FERNÁNDEZ RIQUELME, *Corporativismo y política social en el siglo XX*. Un ensayo sobre Mijail Manoilescu, Murcia, Isabor, 2005.

(70) Véanse W. RÖPKE, «La política del dinero barato», en *Boletín del Banco Central de Venezuela*, n.º 32, 1949, y «Escasez de capital. Ocupación y balanza de pagos», en *Boletín del Banco Central de Venezuela*, n.º 79/80, 1951. En México apareció «La necesidad económica de la libertad», en *Espejo*, n.º 3, 1962.

(71) Buenos Aires, Emecé, 1949. También «Milagro económico en Alemania», en *Ideas sobre la libertad*, diciembre de 1953.

(72) Buenos Aires, Foro de la Libre Empresa, 1960. La conferencia de La Plata, «Más allá de la oferta y la demanda», se incluyó poco después en el volumen *Direcciones contemporáneas del pensamiento económico*. Universidad Nacional de La Plata, 1961. De la publicación de *Los países subdesarrollados* en 1960 ya se ha dado cuenta (véase nota 69). Véase también ALBERT HUNOLD, *Economía de mercado social*. Prólogo de W. RÖPKE. Buenos Aires, Foro de la Libre Empresa, 1962.

cación de algunos artículos del propio Röpke en *La Prensa*, diario antiperonista reaparecido, después de unos años de interdicción, en 1955. Uno de sus objetivos principales era demostrar a los argentinos que el «milagro» alemán no había sido un acontecimiento gratuito y difícil de explicar; en realidad se trataba de algo tan sencillo como que los políticos alemanes habían comprendido que su misión consistía en ejecutar buenas ideas, en este caso las de la Economía social de mercado. Todo ello estaba al alcance de un país que, como se encargó de recordar, forma parte de la comunidad de valores del occidente cristiano (73). Ahora bien, «creer que la economía de mercado es una llave que abre todas las puertas constituye una de esas ideas ultrasimplistas que sufrimos en todas partes». Es esta, ciertamente, una de las razones directoras de su libro de 1958 titulado *Más allá de la oferta y la demanda*, examen de lo acontecido desde que comenzó a trabajar en su trilogía de guerra y que bien puede considerarse, junto a *Maß und Mitte (Medida y medio)*, colección de ensayos de 1950, su testamento intelectual.

En *Más allá de la oferta y la demanda*, como se ha de ver en adelante, se refinaron las posiciones conservadoras de su liberalismo, pues «la actitud conservadora es condición indispensable de una sociedad sana», con la prevención de no caer en una intolerable rigidez (74). El perfil intelectual del Röpke de finales de los años 50 acusaba no sólo la crítica doctrinal de los Estados de bienestar y sus políticas keynesianas, sino también un cierto compromiso ideológico, acaso no buscado expresamente, con el rearme político y moral del neoconservadurismo (75). A su conservadurismo radical, actitud incompatible con la remoción de los valores tradicionales operada por el «Estado inflacionista» —laminación del ahorro, aversión al sacrificio y esfuerzo personales—, hay que añadir, como constantes fundamentales en su pensamiento durante sus últimos años de vida, un anticomunismo irre-

(73) Este viaje coincidió con la revisión de la tercera edición de *Más allá de la oferta y la demanda* (1961), en la que finalmente se refería, ahora gratamente sorprendido dadas las «sólidas posiciones de los intelectuales colectivistas-inflacionistas» en aquellos países, a que «los respectivos gobiernos de Argentina, Perú, Colombia, Chile y México, mirándose claramente en el espejo de los éxitos del “neoliberalismo” europeo, están intentando poner en práctica lo que entre nosotros han ido haciendo una nación tras otra: seguir los consejos de los “neoliberales” y acabar de una vez con el *cercle de folies* de un “sistema mixto” inflacionista-dirigista» (*op. cit.*, pág. 42). Cfr. *supra* nota 69.

(74) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 119.

(75) La visión ética política de Röpke determinó la renovación del pensamiento conservador norteamericano a partir de RUSSELL KIRK, cuyo libro *A New Programm for Conservatives* (1954) sirvió tan eficazmente a la renovación del Partido Republicano. J. ZMIRAK ha señalado que esa influencia tuvo todavía proyección sobre la agenda que llevó a Ronald Reagan al poder a principios de los años 80. J. ZMIRAK, *op. cit.*, págs. 201-02.

nunciabile y una creciente preocupación por el deterioro de la tradición cristiana occidental y la irreligiosidad del hombre contemporáneo. Sobre la convicción de que «todo se sostiene y cae con la religión» (76), Röpke había reconocido, en especial a partir de *Civitas humana*, la singularidad de la civilización cristiana y la posición, no menos relevante, de la Iglesia católica como contrapeso de todo poder despótico.

El anticomunismo de Röpke presupone una concepción del socialismo como expresión de la mentalidad totalitaria, en un sentido próximo a la identificación establecida por Halévy entre el comunismo ruso y el fascismo, pues «el soviétismo [desde el punto de vista del estatismo] es, literalmente, un “fascismo”» (77). Más allá del debate sobre la dictadura, a la orden del día en los años 30, Halévy pudo definir el socialismo como una nueva forma de «tiranía». Ahora bien, este pensamiento presenta en Röpke una modulación característica que, precisamente, justifica su militancia contraria al «roten Totalitarismus». De una parte, Röpke entendía que la esquemática presentación haléviana de la tiranía socialista era incompleta, pues no incluía un elemento esencial, a la vez causa y efecto de la misma: la anemia moral, estimulada y explotada por la dominación totalitaria (78). Quizás en este punto la metodología del escritor francés —cultivador de la historia de las doctrinas políticas— lastraba un análisis que se adelantaba, precursoramente, a las tesis del *Camino de servidumbre* de F. A. Hayek, ampliamente difundida desde 1944. Ahora bien, el socialismo, en cualquiera sus formas, no es sólo, desde una perspectiva ideológica, un ideal colectivista. Tan importante como esto último es su señalamiento como un «error» al que sólo cabe oponer una inteligencia liberal de lo político y lo económico (79). La demostración miseana de la imposibilidad del cálculo socialista alcanzó un reconocimiento general después de la Segunda Guerra Mundial, pues sólo entonces, «cuando eran muy pocos los que se atrevían a pronosticar que [el orden de la economía libre] tenía futuro», se produjo la victoria de la economía de mercado y «el fin del mito socialista» (80). Sin embargo, no fueron muchos los intelectuales izquierdistas que aceptaron la lección de la historia y así, contra todas la evidencias empíricas —incluido el dramático síntoma de la «Primavera de Praga» (1953) y el sofo-

(76) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 148-49.

(77) Véase É. HALÉVY, *op. cit.*, pág. 215.

(78) Véase W. RÖPKE, «Das “Zeitalter der Tyrannis”», en *Gegen die Brandung*, espec. pág. 125-27.

(79) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 18. Como es sabido, este punto de vista ha sido desarrollado sistemáticamente por F. A. Hayek en su libro-epílogo intelectual *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*. Madrid, Unión Editorial, 1990.

(80) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 36-40.

camiento de la Revolución de Hungría (1956)—, Occidente aceptó un «sistema de economía mixta», sucedáneo (*Ersatz*) del comunismo. Era el tiempo de la convergencia de los sistemas, que algunos confundieron adrede con algo bien distinto, el agotamiento del *pathos* ideológico (81). La razón última de esta ceguera intelectual la situaba Röpke en el plano del espíritu, pues en él arraigó la mentalidad quiliástica comunista. La profundidad de las «raíces del marxismo-leninismo» es tal, que ni siquiera la desaparición oficial del Imperio soviético ha producido una reacción frente al comunismo equivalente a la de la II postguerra frente al nazismo (82). A la vista de todo ello, y con la experiencia de las casi dos décadas transcurridas desde la publicación de *La crisis social de nuestro tiempo*, Röpke denunciaba la connivencia medrosa con el comunismo practicada por los socialistas occidentales «carentes de la decisión y el valor necesarios para extraer [de la inexorable disyuntiva entre el mercado libre y la economía de mando] las consecuencias lógicas inevitables» (83). Pero censuraba también la colaboración por omisión de los intelectuales liberales que se avenían a contender intelectualmente con los comunistas, pues no hay discusión posible con ellos (84). Este fue el motivo alegado para declinar sendas invitaciones para integrarse en la *Sociedad europea para la cultura* (1951) y la *Asociación internacional de Ciencia política* (1958). «Desde hace más de un cuarto de siglo, decía en una de las cartas de renuncia, vengo consa-

(81) La «sociedad industrial» de Aron es una de las expresiones científicamente superiores de la teoría de la convergencia. Cuando Gonzalo Fernández de la Mora hablaba, por su parte, de la declinación de las ideologías, en realidad invocaba la concepción desideologizada, pero en modo alguno neutral, del realismo político o, según su propia terminología, del «Estado de obras». En cambio, la «exhaustion of Political ideas», tesis patrocinada por el sociólogo norteamericano Daniel Bell, se refería más bien, como puede comprobar cualquier lector de su famosa y miscelánea obra, a la convergencia en la socialdemocracia. Cfr. G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *El crepúsculo de las ideologías* (1965). Madrid, Espasa-Calpe, 1986. Del mismo, *El Estado de obras*. Madrid, Doncel, 1977. DANIEL BELL, *El fin de las ideologías* (1960). Madrid, Ministerio de Trabajo, 1992.

(82) Bien mirado el asunto, la constitucionalización del totalitarismo rojo por las Democracias de Potsdam no ha sido precisamente un buen ejemplo para las naciones de la Europa oriental, en las que parecen haberse legitimado, incluso como partidos antisistema, las diversas facciones de la nomenclatura comunista. Decía Röpke en una miscelánea auspiciada por la Unesco que «podría ser suicida para la democracia, además de traidor a sus propios principios, no proscribir al nacionalsocialismo y al comunismo». Véase «Diskussion mit Kommunisten?», en *Gegen die Brandung*, pág. 314. Véase J. MOLINA, «Las cuatro derrotas del comunismo», en *Razón Española*, n.º 136, 2006.

(83) Véase W. RÖPKE, *La crisis del colectivismo*, págs. 27-28.

(84) «El relativismo epistemológico de los totalitarios excluye, por definición, un debate racional con las personas encuadradas en otro sistema de referencias». W. RÖPKE, «Diskussion mit Kommunisten?», en *op. cit.*, pág. 314.

grando todas mis fuerzas a la lucha contra la peste de nuestro tiempo, el totalitarismo [pardo y rojo]. Por eso creo haber comprendido la esencia del totalitarismo y su táctica de expansión. En esta última ocupa un lugar destacado la utilización de la colaboración involuntaria de cierto liberalismo sentimental que es lo suficientemente ciego como para aplicar sus principios de tolerancia y de discusión razonable a la peor de las intolerancias, sin caer en la cuenta de que comete un acto de traición y suicidio, también de estupidez» (85). A ello estaría abocado todo intercambio con los rusos, pues no en vano se trata de una actitud que tiende a difuminar las profundas diferencias entre el comunismo y el liberalismo supérstite de Occidente (86).

El comunismo, en primera instancia, constituía una amenaza política ante la cual no todos los países se hallaban bien pertrechados, no ya militarmente, sino espiritualmente. No era pues un enemigo cómodo este «Islam del siglo xx» (87). De hecho, lo que actualmente clausura toda posibilidad de ajustar cuentas con el mundo soviético ha sido —exceptuando alguna ocasión aislada (1.º de abril de 1939)— la ausencia de una *debellatio* política de aquel imperio oriental. Desde el lema «Lieber rot als tot» hasta la diplomacia de la contención se desplegó un amplio abanico de posibilidades que denuncia una conciencia política adormecida, incluso narcotizada, o todo lo contrario: la capacidad para designar con claridad al enemigo político. En cierto modo, la moral de derrota de occidente no sólo era la consecuencia de la hegemonía cultural socialista, sino también, visto del otro lado, de la oquedad que permitió la generación de las religiones seculares (88), particu-

(85) Véase W. RÖPKE, «Brief vom 17. Januar 1958», en *Gegen die Brandung*, pág. 316. También «Brief vom 11. Juni 1951», en *Gegen die Brandung*, págs. 314-15.

(86) Véase W. RÖPKE, «Entre el temor y la esperanza», en H. WALTER BÄHR (comp.), *¿Dónde estamos hoy?* Madrid, Revista de Occidente, 1962, pág. 135. Por esta misma razón rechazaba Röpke, quizás demasiado a la ligera, la teoría de la «sociedad industrial» de Raymond Aron, pues no veía en ella bien trazada la frontera entre el estado de servidumbre soviético y las sociedades libres. *Ibid.*, pág. 128. La visión de Aron, que por cierto se consideraba un «anticomunista sin remordimientos», si bien se presta a ciertos equívocos con respecto a la posibilidad de convergencia real de los sistemas, es más rica y compleja de lo que presumía Röpke. En realidad, el economista alemán todavía no conocía el desarrollo íntegro de las famosas lecciones aronianas, particularmente las que formaron un libro fundamental *Démocratie et totalitarisme* (1965). Con respecto a las *18 leçons sur la société industrielle* (1962), cabe suponer que lo manejó en la versión de los apuntes editados por el Centro de Documentación Universitaria de la Sorbona en 1955. Cfr. *supra* nota 81.

(87) Véase W. RÖPKE, «Die Soziologie des Kommunismus», en *Maß und Mitte*, págs. 40-41.

(88) Fue Raymond Aron uno de los primeros en definir el comunismo y el nacionalsocialismo, en clave teológica política, como «religiones seculares». Véase R. ARON, «L'avenir des religions séculières (1944)», en R. ARON, *Une histoire du XX^e siècle. Anthologie*, Paris,

larmente del comunismo, «más terrible que la bomba de hidrógeno [pues] amenaza con la destrucción de las posibilidades espirituales y morales de la existencia humana» (89). Se roza así una de las cuestiones filosóficas capitales del pensamiento de Röpke: la aguda conciencia de la grave crisis espiritual de occidente, consecuencia de la «negación mecánico-atea del hombre» (90). La decadencia de Europa no es sólo vagamente moral, sino también religiosa, convicción que se acentúa a lo largo de su obra hasta el punto de que el cierre de su pensamiento político y económico es un rechazo militante del vacío religioso originado por el ateísmo y la increencia, actitudes espirituales que, como solía repetir, han expulsado del mundo todo vestigio de trascendencia y, particularmente, de Dios (91). Röpke, aun no siendo católico, se acercó extraordinariamente a la doctrina social de la Iglesia, con la que intentó establecer un puente desde el liberalismo. Ante todo, la Iglesia le merecía un enorme respeto, pues no pocos eclesiásticos se habían distinguido en Alemania por su «resistencia espiritual» frente al nazismo y las circunstancias que lo hicieron posible (92). Especial interés tiene su defensa de la Encíclica *Quadragesimo Anno* (1931), cuyo «plan impresionante de *redemptio proletariorum*» ha sido tan «mal o tendenciosamente interpretado» (93) por los economistas liberales, pues creyeron ver en ese documento la justificación del programa antiliberal de un Estado corporativo. Aconsejaba Röpke la lectura del texto en la versión latina, pues el término «Berufstand», «ordo» en latín, aplicado a la organización estatal o económica tiene consecuencias que no se pueden ignorar. Así, la idea de «ordo» como principio del Estado conduce al corporativismo, al «berufsständischen Staat»; aplicada a la regulación de la economía, al «berufsständischen Wirtschaft». Ambos son contrarios a la democracia y a la economía de mercado. ¿Acaso los defiende la Iglesia? No. La tercera vía ensayada por la *Quadragesimo Anno* parte del rechazo del viejo *Laissez-faire* y del monopolismo, generadores de la anarquía de los grupos de interés. La solución de la cuestión social (proletarización) no es el colectivismo económico ni el totalitarismo políti-

Plon, 1996. También muy interesante sobre este asunto A. MÜLLER-ARMACK, *El siglo sin Dios*, México, F. C. E., 1968. Se exponen en esas páginas lo que el autor llamó las «leyes del declive de la fe», categoría de interpretación histórica del siglo XIX, cuyo desarrollo ilumina también el siglo XX, tiempo en el que la secularización, una vez saturado el vaciamiento de los valores, procede a destruirlos dejando paso a lo que Javier Conde llamó «profanación».

(89) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 132.

(90) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 31.

(91) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 24 sq.

(92) Véase W. RÖPKE, *Explication de l'Allemagne*, págs. 108-13.

(93) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 200, nota 1.

co, sino la desproletarización («Entproletarisierung») basada en la filosofía social católica de la subsidiariedad (descentralización económica, social y política) (94). Por ello no dejan de resultar chocantes las reticencias católicas, manifestadas ya en la inmediata postguerra, hacia un pensamiento que en 1947 defendía paladinamente el olvido de las viejas controversias de liberales y cristianos, y, entre éstos, especialmente los católicos, pues alienta en todos ellos, a su juicio, un sustrato espiritual común, «la cultura de la personalidad y el equilibrio entre individualidad y colectividad, todo ello polarmente contrario al colectivismo» (95). Por esta razón había dicho, unos años antes, que «nadie puede dejar de ver que es en la creciente falta de religiosidad y en la progresiva desaparición de las convicciones inviolables, donde hay que buscar la causa última del aplastamiento del individuo por la colectividad» (96).

3. LA CRÍTICA DE LA CULTURA: PALEOLIBERALISMO Y COLECTIVISMO

En el pensamiento röpkeano se trenzan armónicamente las trayectorias del economista teórico y del crítico de la cultura. No hay en su obra rectificaciones, salvo el abandono del sesgo racionalista de su liberalismo de los años 30, sino una línea de pensamiento que le emparenta con el legado espiritual de las promociones mayores del liberalismo europeo del siglo xx, precisamente las que laboraron en su primera mitad. La presencia de sus miem-

(94) Véase W. RÖPKE, «Gedanken eines “Neo-Liberalen” zur Enzyklika “Quadragesimo anno”», en *Dokumente*, 7, 1947, págs. 429-31.

(95) Véase W. RÖPKE, «Gedanken eines “Neo-Liberalen” zur Enzyklika “Quadragesimo anno”», en *loc. cit.*, 7, 1947, pág. 428. Según Röpke, una acepción del liberalismo que no se restrinja a su forma histórica del siglo xix, sino que se remonte, ampliando su sentido, a la tradición de Aristóteles, Cicerón y Santo Tomás de Aquino, cuya *Summa* consideraba un «compendio del liberalismo», resultaba perfectamente compatible con la doctrina católica. *Ibid.*, pág. 427. Un ejemplo, arbitrario pero válido, de las dificultades que debe arrostrar la exposición de su pensamiento para el mundo católico es la discusión patrocinada por una notable revista francesa: J. MOLINA, «La troisième voie chez Wilhelm Röpke», en *Catholica*, n.º 77, 2002; Carlo Gambescia, «Objection à propos de la Troisième voie chez Wilhelm Röpke. Un échange d’arguments», en *Catholica*, n.º 80, 2003 y, finalmente, J. MOLINA, «Objection à propos de la Troisième voie chez Wilhelm Röpke. Un échange d’arguments. Réponse de Jerónimo Molina Cano», *ibid.* Del sociólogo italiano Carlo Gambescia tiene gran interés su crítica anticapitalista de la sociedad de consumo expuesta en *Il migliore dei mondi possibili*. Roma, Settimo Sigillo, 2005. Estas páginas, en las que se abordan los temas en la perspectiva de la crítica de la cultura (y se manejan las categorías de P. Sorokin), resultan compatibles, *en dernière analyse*, con la refutación röpkeana del colosalismo societario y económico.

(96) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 132.

bros más descollantes, particularmente de quienes se acreditaron como críticos de la cultura, menudea en la gran trilogía de Röpke: Ortega y Gasset, Lippmann, Huizinga, Ferrero, de Jouvenel, Halévy, Dawson, Benda, Hazard, etc. También las lecciones de la historia de Europa decantadas por Suiza —nación que consideraba ejemplar hasta el punto de proponer la «helvetización» del viejo continente como alternativa a las Comunidades Europeas—, Francia, Alemania o Inglaterra, pero también por otras grandes naciones como la española, la italiana, la rusa o la polaca. Röpke fue pues, plenamente, un escritor europeo y la importante obra por él acometida desde el invierno de 1942 es también, en cierto modo, una encuesta sobre la decadencia de la civilización europea. Contra las consecuencias fatales de esa decadencia incubada en el siglo anterior, a cuya génesis se remontó desandando el camino recorrido por el espíritu desde el suabo Friedrich List a Jünger pasando por Marx, se rebeló, pues la condición de su «pesimismo activo» no era en absoluto fatalista (97). Con una gran habilidad literaria fue capaz de ordenar acontecimientos que para otros caletres no merecían mayor atención, por considerarlos parte de cursos históricos secundarios de naciones atrasadas como Grecia, Yugoslavia o España. Así, inspirándose por cierto en la teoría de la degradación de la legitimidad de las monarquías europeas de Guglielmo Ferrero (cuasilegitimidad), tiene algún párrafo luminoso sobre la Revolución española del 14 de abril, comparando la descomposición del Estado republicano con el Gran miedo de la Revolución francesa: «¿Habrán hoy muchos españoles que no confesarían sinceramente que todo lo que se había censurado al Rey Alfonso XIII pesa lo que una pluma frente a la destrucción y la anarquía por que se cambió su régimen?» (98). Que nadie vea aquí una ambigua confesión de monarquismo, pues nunca preocupó a Röpke, como buen realista (99), el problema político de las formas de gobierno, cuestión accesorio y casi adjetiva si se la compara con la sustantiva y positiva configuración del poder y la autoridad del Estado, lo que llamaba el «Estado sano», y el sometimiento de todos al imperio de la ley. Röpke, poco proclive a frivolar, discurría según ciertos principios y concluía atendiendo al imperativo de racionalidad y consistencia lógica.

Desde un punto de vista global, la mentalidad de Röpke, tan próxima a la filosofía del jusnaturalismo cristiano, es la de un pensador en órdenes con-

(97) Así se definía él mismo en *Civitas humana*, pág. 2.

(98) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 110.

(99) El realismo consiste básicamente en un «ánimo inclinado a lo simple», un modo de pensar radical, es decir, libre de prejuicios, y ajeno a la manía del razonamiento dicotómico, la *loi de double frénésie* en la terminología de Henri Bergson. Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, págs. 126, 148 y 194.

cretos (ordinalista), muy crítico con los abusos racionalistas y el ingenierismo a lo Karl Mannheim, lo que Hayek llamó más tarde «constructivismo social» y él mismo calificó como «sempiterno saint-simonismo» (100) de la civilización europea. No en vano imputaba a Francia la responsabilidad de los extravíos de la razón, al menos de los «extravíos del racionalismo», pues los del irracionalismo tenían la impronta alemana (101). Al mismo tiempo, es el suyo un pensamiento personalista, tal vez no en el preciso sentido del conocido movimiento filosófico, pero sin duda homologable con él en su rechazo del modelo del hombre económico (o ideológico), meros artificios racionalistas (102). Fácilmente se comprende la oposición a la «nacionalización del hombre», al individualismo metodológico y a las teorías de la escatológica emancipación del género humano de quien, participando de la herencia cristiana, veía en el hombre «la imagen de Dios», confesando a continuación que, precisamente por eso, concebía la economía política inserta en un orden superior al cálculo utilitario (103). Estos presupuestos, que acaso podrían completarse con la referencia al pensamiento en conceptos colectivos o magnitudes totales (la falacia que Whitehead denominó «misplaced concreteness»), al falso neutralismo de los intelectuales, al avance de la cultura cuantitativa y al mito de la exactitud en economía —aspectos de la vida contemporánea que a Röpke le resultaban especialmente odiosos—, le confieren a su obra un aire filosófico particular. Sin embargo, no osó considerarse a sí mismo «filósofo», algo que después se ha estilado mucho, pues su actitud al redactar la trilogía fue bien distinta: «he preferido ser un economista y sociólogo mediano antes que un mal cultivador de la filosofía moral y teólogo» (104).

Las propias afinidades electivas del autor señalan, mejor que cualquier designio extraño, el plano epistemológico en el que ubicar los conceptos clave que operan en su crítica de la cultura como censura del *Zeitgeist*. Röpke

(100) El saint-simonismo es «la actitud espiritual cuantitativa-mecánica, producto de la mixtura de la hubris científiconatural y de la mentalidad ingenieril de aquellos que unen al culto de lo colosal al afán, que satisface su propia necesidad de autoridad, de construir y organizar con el compás y la regla la economía, el Estado y la sociedad con arreglo a supuestas leyes científicas, reservándose, además, mentalmente, para ellos la función directora». Magnífico retrato del intelectual con ínfulas de reformador social que ha dominado la última parte del siglo XX y que ha sustituido a los facultativos de la política de Estado clásica. Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 81.

(101) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 72, nota 3.

(102) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 61.

(103) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 21.

(104) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. XXI.

manejó en todo momento una precisa interpretación de la distensión temporal, no necesariamente progrediente, basada en una teoría elitista de la historia (*nobilitas naturalis*) y en las «leyes de la interferencia histórica». De ambas depende, directamente y sin mediación, su visión del socialismo fiscal y de los problemas que en todos los órdenes ha generado el Estado providencialista; así, puede decirse que la doctrina röpkeana de la inflación crónica occidental («Inflation Age»), causada por el envilecimiento de la moneda, está determinada en primera instancia por los presupuestos filosóficos históricos del autor, contemplándose secundariamente, como para confirmar la hipótesis desde un punto de vista auxiliar, los aspectos estrictamente economicistas. A un partidario del *Economic Analysis* en el sentido de Schumpeter tal vez le sorprenda que en la colección de ensayos titulada *Welfare, Freedom, and Inflation* estableciera su autor que las causas de la inflación fría o crónica («cold inflation») (105) tenían que ver, por un lado, con los graves errores cometidos entre 1944 y 1947, pero sobre todo con la obsesión securitaria de nuestro tiempo (106) y el debilitamiento de la voluntad de resistencia al error (107).

El punto de partida de Röpke es la constatación de que al siglo XIX, venturoso en tantos aspectos, pues conoció la larga paz que se mantuvo desde el final de las Guerras napoleónicas hasta el verano de 1914, le ha sucedido un período de incertidumbre vital, el «interregno espiritual de Europa». Al repasar los últimos dos siglos de la historia europea, particularmente las consecuencias de las dos revoluciones, la política y la económica técnica, llegó a la conclusión de que la decadencia espiritual del siglo XX germinó en la década anterior a la revolución socialista de 1848. Mas, ¿de qué modo explicar sus efectos diferidos en el tiempo? De la misma manera, una sensación muy parecida le producía contemplar el siglo XVIII, pues siendo la centuria de Vattel o Montesquieu, superó en belicosidad al Ochocientos. Según Röpke, se había producido una «interferencia histórica», categoría para la interpretación de la historia que en realidad tiene más de metáfora que de ley sociológica. En cualquier caso, según sus propias palabras, «la historia se desenvuelve siempre evidentemente en dos fases: la de la incubación interna, espiritual, y la de la realización externa, material, siendo tan largo el espacio de

(105) La inflación fría es mucho más peligrosa que los episodios inflacionarios agudos, pues sus síntomas son mucho menos perceptibles por el público. Véase W. RÖPKE, *Welfare, Freedom, and Inflation*. Alabama, University of Alabama Press, 1964, págs. 49-51.

(106) Época galvanizada por la promesa de la emancipación de la necesidad y del dolor («Freedom from Want»). Véase W. RÖPKE, *Welfare, Freedom, and Inflation*, pág. 16.

(107) «The softening of the will to resist». Véase W. RÖPKE, *Welfare, Freedom, and Inflation*, pág. 51.

tiempo que las separa, que al coincidir la realización de concepciones ya elaboradas con la incubación de un nuevo período en ciernes se producen las más curiosas y desconcertantes interferencias» (108). También una magnífica confusión de los espíritus. Al lanzar esta tesis, Röpke pretendía sobre todo llamar la atención sobre la importancia de las ideas y de su potencia transformadora de la realidad a medio y largo plazo. Confiaba por ello en que los escritores liberales de la promoción de entreguerras, que él consideró nieta del siglo XVIII, hubiesen enterrado ya la simiente de un nuevo siglo de paz y progreso, capaz de superar «la actitud sombría y puritana del siglo XIX, [al final de cuya] extraña evolución se encuentra el “trabajador” de Ernst Jünger» (109). A ese tiempo periclitado tal vez podrá llamársela un día, como con razón sugería Hayek hace años, el «siglo socialista» (110), o tal vez, según una terminología más adecuada, la «época de la política social» (111).

Complementaria de la interferencia histórica es su teoría elitista de la historia, de clara impregnación orteguiana (112). Si hay algo de lo que ninguna época puede prescindir, con más razón la suya, es de la rección de los individuos superiores. No se trata necesariamente de una élite plutocrática, sino de una «aristocracia del altruismo» (113) que ha de operar, en los distintos sectores de la vida —empresa, agricultura y comercio; ciencia y universidad; política y vida religiosa—, como una legítima Censura moral y de costumbres, cuyo prestigio siempre será dependiente del ejemplo personal

(108) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 68.

(109) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 95.

(110) Véase F. A. HAYEK, *Los fundamentos de la libertad*. Madrid, Unión Editorial, 1991, pág. 315.

(111) Sobre esto punto, que importa sobremanera para la adecuada ubicación de Röpke en la historia de las ideas sociales, véanse desarrollos paralelos en: P. DE LAUBIER, *La politique sociale dans les sociétés industrielles. De 1800 à nos jours. Acteurs, idéologies, réalisations*. París, Economica, 1984; y J. MOLINA CANO, *La política social en la historia*. Murcia, Isabor, 2004.

(112) Tampoco se ha precisado, más allá de la constatación del dato bibliográfico de las numerosas citas —*ex abundantia cordis os loquitur*—, la influencia de Ortega y Gasset sobre el economista alemán. Röpke conoció y leyó, como muy tarde en 1932, *Der Aufstand der Massen* (1931), traducción alemana de *La rebelión de las masas*. Su admiración por la filosofía del madrileño le hace tomar como cosa propia los desarrollos orteguianos sobre la masificación de la vida humana, a los que aporta la importante distinción entre la «masa en estado agudo» y la «masa en estado crónico». Véase *infra* § 4.º

(113) *Richesse oblique*. Röpke entendía que los ricos, en virtud de una antigua obligación no escrita, «deben recordar la responsabilidad que su puesto privilegiado impone sobre sus hombros». Mas la mistificadora justicia social estatal «acabará por extinguir ese espíritu». Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 163-64.

de sus miembros. En el fondo, Röpke reivindicaba así el papel del «clerc» (Benda) como una especie de asceta de la civilización. La existencia de esta «nobleza natural» requiere ciertas condiciones: unas tienen que ver con las instituciones encargadas de conservar y acrecentar el caudal de la tradición; otras con la ausencia de interferencias políticas sobre los patrimonios familiares. Entre estas últimas, el gravamen de las transmisiones hereditarias, «equivalente a la confiscación práctica, es una de las medidas más perjudiciales que cabe imaginar» (114). El envilecimiento de la *nobilitas naturalis* y el atroquelado desarrollo histórico de las ideas maestras de una época, procesos que rigen el declive de una forma de vida, le permitieron a Röpke iluminar los dos últimos siglos de vida europea. Su balance opuso al caduco liberalismo individualista (paleoliberalismo) y a la apoteosis del grupo (colectivismo) un «tercer camino», mediador entre los principios de libertad y orden.

El paleoliberalismo no es otra cosa que el capitalismo histórico, es decir, no una forma de organización económica, sino la realización de ciertos principios en unas circunstancias históricas dadas (115). En tal caso, nada impide alinear a Röpke entre los «anticapitalistas». En efecto, él mismo definía su alternativa político-económica como anticapitalista (116). El autor puso mucho cuidado en distinguir, en la línea de la morfología (Eucken) y los estilos (Müller-Armack) económicos, el mercado y la libre competencia de los excesos del capitalismo intervencionista decimonónico (monopolismo), que se podrían explicar, en términos generales, por el desconocimiento del fenó-

(114) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 163.

(115) A estos principios elementales se refería esquemáticamente en *Civitas humana*, pág. 7, en el pórtico de *La teoría de la economía*, págs. 7-12 y en otros lugares. Desde el punto de vista de la ordenación ejecutiva de la economía no hay más que dos posibilidades: «libertad, es decir, el orden severo, funcionando con asombrosa regularidad a través del mercado libre [...] y autoridad [que] significa, por el contrario, aquel orden económico en el cual la disciplina y el estímulo están en manos del Estado». *La teoría de la economía*, pág. 245. En cualquier caso, no debe perderse de vista que la expresión «capitalismo», en su día neologismo polémico, no es un término de la teoría económica, sino un tópico de la historiografía económica socialista, generalizado a principios del siglo XX gracias a economistas como W. SOMBART.

(116) «Ante todo, recuérdese que el capitalismo no es, por supuesto, otra cosa que aquella forma escoriada y corrupta que la economía de mercado ha revestido en la historia económica de los cien años últimos. Auténtica economía de mercado y organización de la competencia es, cabalmente, lo que nunca ha sido el capitalismo; por lo menos en los últimos cincuenta años, y esto es una medida cada vez más alarmante. Hasta este punto es, por consiguiente, nuestro programa plenamente anticapitalista». Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 32.

meno del poder. La creencia en la justicia ciega de la libre competencia, aunque no estaba tan generalizada como desde finales del siglo XIX pretendió la historiografía socialista, propició que se aceptara como algo natural —el orden cataláctico guiado por una mano invisible— lo que en realidad era una delicada producción, nada espontánea por tanto, del espíritu político y jurídico —el mercado como institución social— (117). El individualismo de la denostada economía «manchesteriana» merecía en parte las críticas, pues ajeno a las determinaciones morales y sociológicas de los órdenes extraeconómicos, favoreció a medio plazo la gran concentración industrial y el monopolismo, base del «corporate capitalism» (118). La «cuestión social», tan estrechamente relacionada con el fracaso del capitalismo industrial, ha constituido desde entonces un tópico de recurso permanente en las disputas de los historiadores. No obstante, la visión de la mayor parte de ellos fue muy simple y, como demostró Eucken, nada económica, pues no tuvieron en cuenta que la razón última de las penosas condiciones de trabajo no fue la despiadada competencia, sino todo lo contrario, el monopolio de la demanda de trabajo del que se beneficiaban los patronos; el liberalismo clásico comenzó a vislumbrar la verdadera raíz del problema cuando la situación fue revertida más tarde por la explotación sindical del monopolio de la oferta. ¿Acaso tiene que ver con la actividad económica sin trabas el derecho de patentes, el derecho de quiebras o la regulación de las formas societarias, particularmente de aquellas que implican una limitación de la responsabilidad? ¿Qué decir de las cláusulas fabriles de contratación impuestas por un sindicato dominante? El gremio de historiadores al que se referían Hayek, de Jouvenel y otros en un famoso libro nada entiende de este tipo de abusos jurídicos que configuraron una especie de feudalismo industrial hoy amparado constitucionalmente (119). Que se sepa, ningún economista liberal ha negado las consecuencias que desde un punto de vista social tuvieron las transformaciones económicas del siglo XIX: las nuevas formas de la miseria urbana, la despoblación del campo, el feísmo urbanístico, la proletarización del hombre exclusivamente dependiente de su trabajo. Sin embargo, los historiadores de marras no han reconocido el fantástico desarrollo, cuantitativo, pero también cualitativo, del nivel de vida de las clases populares. Lo que sorprende en este punto del siglo XIX es que a pesar de la creciente injerencia

(117) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 65.

(118) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 146.

(119) Puede verse F. A. HAYEK et al., *El capitalismo y los historiadores*. Madrid, Unión Editorial, 1997.

estatal, la economía capitalista permitiera un aumento sin precedentes de la población.

Según Röpke, pocos economistas de la primera mitad del siglo XIX percibieron con tanta claridad como Sismonde de Sismondi los errores del liberalismo. En él aparece ya la rectificación ética de la Economía política, característica de la política social («Socialpolitik») del último tercio del siglo XIX (120). Ahora bien, la acerba crítica al liberalismo y su creencia beata en la armonía de intereses fue perdiendo sentido en el siglo XX, pues los viejos principios del mercado habían sido sustituidos por las reglas del feudalismo de la gran empresa y las concentraciones industriales (colosalismo) favorecidas por el juego de los intereses políticos (pluralismo enfermo) (121). La politización de la economía había desplazado la agonalidad equilibradora del mercado, sustituyéndola por el intervencionismo económico. Era el momento, pues, de que «un nuevo Sismondi, un Sismondi crítico del colectivismo, no de la economía de mercado, incoe proceso al colectivismo» (122). Röpke, aspirando a desempeñar ese papel, advirtió contra los errores del colectivismo, insistiendo particularmente en su incompatibilidad con una idea elemental de la libertad.

El colectivismo es una enfermedad de la sociedad, mientras que el estatismo, consecuencia de aquél, lo es, en sentido estricto, de la organización política. Así pues, el gran lastre moral del colectivismo es que conduce siempre a la omnipotencia estatal. Las razones del avance de uno y otro son complejas, pues se mezclan en ellas la debilidad de las convicciones morales de una generación, la desorientación del pensamiento económico y la comodidad de los planificadores que recomiendan un cincuenta por ciento de colectivismo como dique contra el cien por cien (123). Esta actitud, típicamente socialdemócrata, presumía además que el colectivismo era un programa que podía quedar circunscrito a los ámbitos económicos. Para Röpke nada hay más lejos de la realidad, pues estimaba que la libertad es algo indivisible. La combinatoria entre los regímenes políticos y económicos tiene límites materiales imperativos, de modo que una economía socialista es incom-

(120) Sobre las relaciones entre la Economía política y la Política social puede verse J. MOLINA, *La tercera vía en Wilhelm Röpke*, cap. I.

(121) «El llamado capitalismo continúa desempeñando un papel destacado como chivo expiatorio en cierta literatura popular de nuestro tiempo. La verdad, empero, es que el sistema económico prevaleciente en Europa desde hace tiempo no es el capitalismo, sino el colectivismo en toda sus formas y grados». Véase W. RÖPKE, *La crisis del colectivismo*, pág. 11.

(122) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, págs. 14-15. El mismo paralelismo cabría establecer, a unos cien años de distancia, entre el socialista Blanc y el liberal Hayek.

(123) Véase W. RÖPKE, «Der Irrweg des Kollektivismus», en *op. cit.*, pág. 98.

patible con un Estado liberal de derecho (124). Los discrepantes de esta tesis no sólo se reclutan entre los colectivistas de toda especie (125), sino también en ciertos liberales que, como Benedetto Croce, creían poder distinguir entre un liberalismo político-cultural («liberalismo») y otro estrictamente económico («liberismo»). No es posible, según Röpke, que el liberalismo pueda desenvolverse con independencia del régimen económico (126), pues ello no sólo rebajaría lo económico a un lugar muy secundario, sino que alteraría la visión englobante del orden social.

La economía socialista resulta inviable, incluso bajo las formas mixtas o de «subcolectivismo disimulado» (127). El argumento del éxito de ciertas economías de guerra no tiene gran valor en sí mismo; su aceptación provisional por la Opinión fue una necesidad impuesta por las circunstancias excepcionales de las Guerras mundiales. Lo que en un período de paz se hubiese visto como una política aberrante, enemiga de la libertad y la propiedad (expropiación de derechos dominicales, aumento de impuestos, controles económicos, autorizaciones administrativas), funcionó, en efecto, durante algún tiempo, mas siempre en un sentido muy limitado. El colectivismo bélico creó las condiciones en las que pudo desenvolverse una especie de doctrina de la administración de la escasez. En realidad no podía aspirar a otra cosa. Por eso resultó sorprendente que después de la guerra terminara generalizándose la confianza en los métodos de la economía planificada. ¿Qué había sucedido en los espíritus para que ahora se diese por buena la política antiliberal que, al menos formalmente, era rechazada por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial? Una razón de su éxito, tal vez no tenida en cuenta, es la *deficiente comprensión intelectual* de la competencia económica (128). Al racionalismo mecanicista le resulta ajena la idea de un orden ca-

(124) Sobre las relaciones entre socialismo y dictadura: W. RÖPKE, «Sozialismus und politische Diktatur (1937)», en *Gegen die Brandung*, págs. 109-14 y 127-33.

(125) Röpke catalogó a los colectivistas en cinco clases. Según sus motivaciones, el colectivista puede estar vinculado a esta mentalidad simplemente por intereses particulares o estrictamente personales; por un afán inmoderado de poder (*libido dominandi*); por una confianza ciega en la ciencia y en las posibilidades de la técnica; por la seducción «estético-artística» de la utopía gregaria, algo en lo que han solido caer con frecuencia grandes inteligencias científicas; o, finalmente, por razones vagamente humanitarias como la justicia social o la paz universal. Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, págs. 29-30.

(126) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 133-34; y *Civitas humana*, pág. 45.

(127) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 13.

(128) A ello es preciso añadir «el temor a lo no habitual», el miedo, hasta cierto punto lógico, a aquello que no se acomoda a nuestras circunstancias vitales. Así, en el miedo a la competencia veía Röpke la explicación psicológica general del proteccionismo. Véase W.

rente de dirección central. Para el autor, esto es un síntoma de la degradación del pensamiento económico, que ha perdido completamente la polar. En último análisis, el problema de la planificación económica es más complejo de lo que presume el «economista matematizante» (129), pues también la economía de mercado es «economía planificada, ya que el marco jurídico-institucional de este sistema económico también se ha basado, y no en último término, en reflexiones sistemáticas que abarcan el conjunto de la economía nacional» (130).

4. METAS DEL HUMANISMO ECONÓMICO: LA «TERCERA VÍA»

El colectivismo es el producto de una cierta mentalidad, que tiene sus raíces en el siglo XIX, y que se refleja en el economismo, el productivismo y otros fenómenos de la civilización técnica. Pero sobre todo en la proletarianización del hombre, la masificación de la vida y la centralización de las sociedades. La proletarianización, según la lapidaria definición de Röpke es la «situación sociológica y antropológica caracterizada por la dependencia económico-social, la falta de arraigo, la vida al estilo del cuartel, el alejamiento de la naturaleza y la falta de atractivos del trabajo» (131). En este sentido, la visión del problema social del siglo XIX había quedado totalmente superada en la postguerra, pues ya no es un asunto de salarios bajos y jornadas largas, sino de la «salarización» de todas las personas, lo que las hace especialmente vulnerables a la dinámica económica. La salarización o dependencia del trabajo tiene correlación con la destrucción de la familia tradicional, «basada en el matrimonio monógamo» y «base original y eterna de toda comunidad» (132). Para la economía colectivizada la familia es sólo una unidad de consumo, insignificante si se la compara con las grandes estructuras industriales (corporaciones) y políticas (partidos de masas, sindicatos). La progresiva monopolización estatal de la educación también ha gravitado largo

RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, págs. 216 y 246. El miedo a la necesidad, que forma parte constitutiva de la naturaleza humana desde el punto de vista económico, es a veces manipulado insidiosamente, sobre todo cuando se ofrece al público la liberación de esa pasión («freedom from want»), supuesta emancipación que está asociada, paradójicamente, con la compulsión. Sobre esto: W. RÖPKE, *Welfare, Freedom and Inflation*, pág. 16.

(129) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 20.

(130) Véase W. RÖPKE, *La teoría de la economía*, pág. 229.

(131) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 19.

(132) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 164.

tiempo sobre la institución familiar, a la que finalmente se descargó de esa tarea en favor de las sectas pedagógicas estatales. La debilidad de la familia, cuyo patrimonio ha sido transformado por el socialismo fiscal en una especie de fideicomiso, agrava el aislamiento de los individuos, que se disgregan en una «masa» anónima y anómica. La masificación supone que el centro de gravedad de la vida bascula hacia el polo colectivista, anulando al individuo como persona. Ahora bien, este proceso admite grados, pues no es lo mismo la «masa en estado agudo», fenómeno transitorio explorado por los clásicos de la «psicología de las masas» (Gustave Le Bon y otros), que la «masa en estado crónico», forma continuada de la existencia que presenta, a su vez, una doble caracterización: la masificación en sentido moral, es decir, el aborregamiento y la falta de independencia de la persona, y la masificación en sentido social, que consiste en la disolución de la estructura social por la alteración de las condiciones externas de vida (transformación de las ciudades, ruido, nomadismo laboral, etc.) (133). Paradójicamente, el contrapunto de una «sociedad que se disuelve en individuos sin conexión y que se coagula en masa» (134) es una fantástica centralización de la vida social, en la que se ha proscrito el sano principio regulador de la subsidiariedad. La cuestión de fondo a la vista de este paisaje espiritual no es, según Röpke, el mero aumento del nivel material de vida en el sentido del asistencialismo a la Beveridge y la difusión de los sistemas de Seguridad social (135), sino la desproletarización del hombre, la desmasificación de su vida y la descentralización de la sociedad. Ésta es la base de un ambicioso programa político, económico y social al que denominó «humanismo económico» o Tercera vía («dritter Weg»).

En términos generales, la Tercera vía röpkeana aspira, como meta última, a la regeneración del *homo insipiens gregarius* (136). Se trata por tanto de un programa de reforma moral en pugna con la solución clásica («Socialpo-

(133) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 80-81.

(134) Véase W. RÖPKE, *Civista humana*, pág. 163.

(135) Este espíritu securitario, que es en sí mismo uno de los males de la civilización occidental, se ha convertido en una suerte de «mentalidad Maginot» económica que cree poder ponerse a cubierto de cualquier incidencia parapetándose en las medidas tradicionales (cuantitativas) de la política social de tipo bismarckiano o germánico, «Socialpolitik», cuyos efectos negativos ha multiplicado la política social keynesiana o providencialista, «Social Welfare». La «mentalidad Maginot» no ve en la cuestión obrera sino un problema económico, cuando en realidad es un «problema vital, un problema de existencia total y de las condiciones totales del modo de vida y de trabajo». Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, págs. 289-90. También *Civitas humana*, págs. 241-42.

(136) Véase W. RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, pág. 207.

litik»), de cuyos postulados se alimentó el Plan de Beveridge para la Seguridad social y el pleno empleo. La confluencia de estas ideas con las políticas activas del ciclo económico de tipo keynesiano le parecía un episodio trágico en el que la responsabilidad mayor correspondía a Keynes. Sin su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, tal vez la ciencia económica sería hoy más pobre, pero los pueblos, solía concluir Röpke, serían más ricos. La vieja política social, que tuvo sentido en otro tiempo, dejó de tenerlo cuando, a juicio de Eucken, el Estado se convirtió en la verdadera cuestión social (137). En este sentido, la rectificación del estatismo era imposible si seguía operando, estimulada por los tópicos del keynesianismo, la provisión estatal de seguridad. La tercera vía constituye, de entrada, la refutación del inflacionismo como política económica, de la búsqueda del pleno empleo, de la seguridad social y del socialismo fiscal. La crítica de estos instrumentos de la economía politizada es consustancial a la exposición röpkeana del humanismo económico.

Röpke se decía miembro de una generación atormentada a la que la inflación había llegado a resultarle «tan familiar como las bombas, los refugios en las trincheras y los formularios» (138). La manifestación del proceso inflacionario más característica de la época fue, tal vez, la inflación reprimida coactivamente, en la que se combinan una política estimuladora del poder de compra, la imposición de «precios políticos ficticios» y, finalmente, una vana pedagogía gubernamental que pretende impedir que los individuos hagan uso de sus ingresos. Lo más preocupante de esta inflación no es sólo su dependencia del colectivismo económico, sino su conversión en una verdadera ideología del Estado de bienestar, algo así como un «inflacionismo democrático». No tratándose de un desorden temporalmente limitado, sus raíces no eran sólo económicas, sino morales, como demuestra la pérdida de confianza en la moneda (139). La política inflacionista del dinero barato resultó ser el expediente ideal para la política del pleno empleo, pues entre ambos se estableció una correlación matemática, la curva de Phillips, que tanto ha rentado, durante casi tres décadas, a la socialdemocracia. Aquella simplificación gráfica de enorme potencia demagógica abocó, ya en los años 70, a una combinación sin precedentes de inflación y desempleo (estancamiento),

(137) «La cuestión social del siglo XX es por completo diferente de la del siglo XIX. Pero no sólo es diferente, sino que a la vez se ha hecho más ardua». Así comienza un magnífico ensayo de W. EUCKEN, «La cuestión social (1948)», en *Revista de Economía política*, n.º 2, agosto de 1950, pág. 113.

(138) Véase W. RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, pág. 285.

(139) Véase W. RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, págs. 275 sq. y *Más allá de la oferta y la demanda*, págs. 253 sq.

un escenario que nunca contempló la famosa curva. En realidad, la terminología del «pleno empleo» respondía a una fantasía económica, pues a lo más que se puede aspirar es a un «alto grado de empleo» (140). Por lo demás, decía Röpke con ironía, ¿por qué no aspirar también a una «plena alimentación», a un «pleno vestido» o a una «plena diversión»? A su juicio hay siempre un paro residual que da al sistema mayor flexibilidad y adaptabilidad a los cambios. Querer erradicarlo es creer que siempre se puede elegir entre lo agradable y lo desagradable o, tal vez, lo cual es mucho peor, decretar la obligación de trabajar, inherente al estado servil.

La Seguridad social como previsión total es la institución que se encuentra al final de la política social clásica, después de haber atravesado esta última las fases de la asistencia individual y voluntaria según las necesidades actuales del asegurado y del seguro social nacional y obligatorio (141). Ese gran aparato bien puede considerarse como un sucedáneo de la propiedad, de modo que difícilmente podrá resultar efectivo contra la proletarización un instrumento incompatible a largo plazo con los derechos dominicales. Con razón decía Röpke, que consideraba la propiedad el más importante de los derechos sociales, que se había llegado a un punto en el que sólo se ofrecen ya dos alternativas: o bien se transformaba a los proletarios en propietarios, o bien se hacía a todo el mundo proletario, de golpe, según el modelo bolchevique, o lentamente, siguiendo el plan Beveridge (142). La Seguridad social y su visión aritmético-estática de la sociedad constituyen un anacronismo cuya dudosa contribución a la estabilización de las sociedades ha sido, según Röpke, la ampliación del círculo de personas dependientes, de los «menores de edad económicamente». La idea del aseguramiento total, de la que depende el Estado de previsión social, se asemeja al aseguramiento colectivo en que abarca potencialmente a todos los individuos, mas se diferencia de él en que tiene título para inmiscuirse en la privacidad. En contra de lo que promete, tiende a petrificar la estructura social y de rentas, pues se trata de «robar a Pedro para darle a Juan», teniendo ambos un nivel de renta similar (143). Además se trata de un ahorro forzoso, al que se intima coactivamente a los ciudadanos, en especial a quienes tienen las rentas más bajas. Finalmente, dado que la Seguridad social es parte del Estado, su generalización significa una mayor dependencia personal. Es el «ideal del pienso en

(140) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 267.

(141) Véase W. RÖPKE, *Welfare, Freedom and Inflation*, pág. 37.

(142) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 179.

(143) Véase W. RÖPKE, «Robbing Peter to Pay Paul: On the Nature of the Welfare State», en *Against the Tide*.

una cuadro comfortable» (144). Junto a la Seguridad social, cuyas exacciones, al contrario que las primas del seguro privado, tienen naturaleza fiscal, se ha desarrollado la socialización de los ingresos (socialismo fiscal) en nombre de la ideología de la igualdad de condiciones de partida. Este igualitarismo, degradación del principio liberal de igualdad de oportunidades, se ha utilizado para remover la estructura social. A Röpke le parecía insensato, pues constituye el fermento de la envidia. La prioridad de toda sociedad bien ordenada debería ser, más bien, fomentar el respeto a los derechos legítimamente adquiridos. Es digno de estudio que la aplicación de este principio haya dejado de ser popular, lo cual, bien mirado, no resulta tan extraño, pues de alguna manera hay que justificar el mito de la «progresividad fiscal».

Si el keynesianismo se sitúa al principio del camino que conduce al colectivismo, la política económica de la tercera vía ha de ser la reversión del estado de servidumbre, el camino de la libertad. Röpke no fue ajeno a los problemas que debe abordar una pedagogía económica y política de estas características, pues sus opositores pertenecían tanto al campo del colectivismo como al del paleoliberalismo. La tercera vía no es una variante más del liberalismo, pero tampoco ha de confundirse con el corporativismo. Sobre este último abundan todo tipo de interesadas falsificaciones. Sus partidarios suelen presentarlo como una alternativa a la economía capitalista cuando en realidad, según el economista alemán, se trata de un mero «corporativismo terminológico» que encubre un triple designio: político, pues se sirven de esta doctrina quienes pretenden organizar la economía nacional bajo la tutela gubernamental; económico, pues se aspira con él a cartelizar la economía y, finalmente, social, pues el Estado corporativo, en este sentido, no es otra cosa que una versión más reglamentista de la política social clásica. Röpke, que siguió muy de cerca la polémica sobre esta forma política tardoestatal, coincidía con los críticos católicos de la estatolatría, pues «no es el Estado el que es corporativo, sino las corporaciones las que son estatales» (145). Por otro lado, sus críticos liberales, acusando gran confusión, solían rechazar en bloque todos los desarrollos de la mentalidad organicista, matriz del corporativismo, pero también de sanas doctrinas de autorregulación social, como las relativas a las instituciones de autoayuda, el cooperativismo o la sindicación como instrumento atenuante del conflicto entre capital y trabajo.

(144) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 211.

(145) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, págs. 49-49 y, del mismo, «Fascist Economics», en *Economica*, febrero de 1935, pág. 97.

La tercera vía es la nueva política económica «conservadora y radical» (146) que pretende superar la ceguera sociológica del liberalismo clásico. A ella se refirió Röpke por primera vez en 1937, aunque de una forma vaga, en las páginas finales de su obra *La teoría de la economía* (147). No obstante, sólo se ocupó de ella expresamente como «programa de la alternativa antiolecionista que respond[e] al estado de cosas real y a las justas aspiraciones de los hombre» en *La crisis social de nuestro tiempo*. El autor creyó entonces poder caracterizar diversos elementos de esta doctrina en economistas y escritores políticos del siglo anterior como Sismondi, Riehl, Proudhon o Le Play, o más cercanos en el tiempo como el príncipe Kropotkin, Chesterton o Belloc. Aunque se tenía a sí mismo por mentor de la nueva denominación, la ocurrencia terminológica debe ser atribuida a Oppenheimer, algo que inexplicablemente pasó por alto. Franz Oppenheimer publicó en 1919 un libro titulado *Capitalismo, comunismo, socialismo científico*, escrito durante la convalecencia de una grave enfermedad que casi acaba con su vida. Reelaborado más tarde, se convirtió en *Ni capitalismo ni socialismo*, obra en la que propone como alternativa a ambas doctrinas una teoría del «socialismo liberal» («liberaler Sozialismus»), una síntesis en sentido hegeliano del liberalismo y del socialismo consistente en realizar el ideal de éste —la igualdad— a través de la libre competencia (148). Su socialismo liberal era realmente la extraña mezcla de un vago colectivismo de inspiración henrygeorgista con la concepción «científica» —marxista— del socialismo. Un año después, en su panfleto *Ni esto ni aquello*, definió precisamente esta

(146) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 29.

(147) Véase W. RÖPKE, *La teoría de la economía*, págs. 246-50. En este sentido, también la enciclopedia *Quadragesimo Anno* (1931), algún pasaje del libro *La época del mercantilismo*, del sueco ELI F. HECKSCHER, y una famosa comunicación científica de A. RÜSTOW (véase *supra* nota 5) aluden a una doctrina económica de la vía media. Véase E. F. HECKSCHER, *La época del mercantilismo. Historia de la organización y las ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la sociedad liberal* (1932), México, F. C. E., 1983, pág. 455. Para otras intuiciones similares: H. MACMILLAN, *The Middle Way. A Study of the Problem of Economic and Social Progress in a Free and Democratic Society* (1938), Londres, W. Pickering, 1994. Antes que todos ellos: H. BELLOC, *El Estado servil* (1912). Buenos Aires, La espiga de oro, 1945.

(148) Según Oppenheimer, las contradicciones del capitalismo no traen su causa de la libre competencia, sino de lo contrario, de la ausencia de verdadera competencia. No se trata de eliminarla pues, por otro lado, afirma que no ha existido nunca, sino de establecerla por primera vez en la historia. Véase F. OPPENHEIMER, *Weder Kapitalismus noch Kommunismus* (1932). Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1962, espec. págs. 20-25; 94-96; 183-92. Significativamente, el autor consideraba al liberal socializante («sozialer Liberal») JOHN S. MILL el más importante de los precursores del socialismo liberal con el que debía edificarse el Estado futuro.

utopía como la «tercera vía» (149). Mas la contradicción entre las teorías de la mediación política económica de Oppenheimer y Röpke es total. En cualquier caso, no parece que a este último le convenciera plenamente el término «dritter Weg», pues se prestaba a demasiadas confusiones. En diversas publicaciones se refirió también a su doctrina como «liberalismo revisionista o constructivo», «eucosmos», «ciudad del hombre», «síntesis entre libertad y orden» y, finalmente, «humanismo económico» o «economía humana», denominación por él preferida en último análisis y que de hecho dio título a la versión norteamericana de *Más allá de la oferta y la demanda: A Human Economy* (1960) (150). En este relativo abandono de la ambigua terminología de 1942 tal vez influyó la manipulación de su pensamiento por la izquierda y la incompreensión de la derecha. Con respecto a esta última, el libro de Hayek sobre el *Camino de servidumbre* (1944) había marcado un hito para la ortodoxia liberal. No es extraño pues que en 1950 volviera a insistir von Mises en que las «políticas de la vía media» conducen inexorablemente al socialismo (151). Mas esto es sólo un ejemplo arbitrario de la actitud generalizada en los ambientes neoliberales economicistas (*Austrian Economics*).

El punto de partida de su programa o, según él mismo decía, el «eje de la marcha» de la tercera vía es la libertad económica, pues no hay otra alternativa al colectivismo. Quienes rechazan el dirigismo económico necesariamente tienen que querer la economía de mercado. Este «principio ordenador» no puede ser discutido ya que, según lo entiende el autor, no hay posibilidad de elección. En este punto tal vez ha tropezado Röpke con la incompreensión de muchos lectores, pues en realidad la tercera vía se refiere al marco antropológico, sociológico y éticorreligioso en el que la economía, que «no es todo», ocupa su puesto. Ahora bien, si el tráfico de la economía con los demás órdenes debe someterse a imperativos trascendentes a ella misma —lo que a veces denominó el «coeficiente α o lo humano-social» (152)—, los principios internos de la actividad económica no están sujetos a transacción: «donde se trata del principio ordenador no hay ningún “tercer camino”: o los precios regulan la economía o no lo hacen; si no lo ha-

(149) Véase F. OPPENHEIMER, *Weder so — noch so. Der dritte Weg*. Potsdam, Protte, 1933.

(150) Wilmington, ISI Books, 1998. No obstante, ya en la introducción a *Civitas humana* se refiere a su doctrina como «humanismo económico».

(151) Véase, por ejemplo, L. VON MISES, «Middle-of-the-Road Policy leads to Socialism (1950)», en *Planning for Freedom and sixteen other essays and address*. Grove City, Libertarian Press, 1996, págs. 17-33.

(152) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, pág. 215.

cen, deben hacerlo entonces las autoridades» (153). Por esta razón era Röpke especialmente sensible a las críticas que se le hacían desde el liberalismo, pues consideraba, con razón, que las lecturas parciales no le hacían justicia ni a él ni a su doctrina.

El desarrollo teórico de la tercera vía tiene en Röpke una doble vertiente. Por un lado una sistematización general de los fines de una política económica y social sana, por el otro la referencia a las medidas para la realización de su programa. Puede decirse que la mayor parte de su obra constituye una amplia colección de estas últimas, comprendiendo el fomento de la propiedad; el apoyo a la agricultura tradicional, al artesanado y a las pequeñas industrias; las reformas legislativas del derecho de quiebras, patentes y sociedades; la limitación de la progresividad fiscal; la promoción de un urbanismo y una arquitectura a la medida del hombre, así como la protección del medio ambiente, etc. No es posible ahora abordar una tematización exhaustiva de todas estas medidas. Debe bastar, de momento, con la exposición de las líneas generales de su programa de reforma económica y social.

Röpke enunció el principio de que su ideal político debe realizarse en la fijeza de ciertas reglas jurídicas, pues de su solidez y persistencia depende en buena medida la fortaleza del mercado. En cierto modo, se trata de sentar las bases de una constitución económica bajo cuyo imperio político se puedan realizar la libertad y el orden. Se relaciona así la tercera vía con el análisis económico constitucional de Franz Böhm, desarrollado más tarde, ciertamente sobre presupuestos economicistas, por la Escuela de Elección pública. El mercado, conviene insistir, es el resultado de una acción política y jurídica racional. Hay pues, y dicho muy esquemáticamente, dos tipos de intervenciones sobre el mismo: la «intervención conforme» y la «intervención disconforme». La primera, también denominada de «readaptación» o de «reajuste», pretende acelerar la recuperación del equilibrio económico alterado por «problemas particulares de dinámica». En vez de abandonar a sus propias fuerzas a cierto sector en apuros, Röpke propone la intervención constructiva, siempre en el sentido del *laissez-faire*, pero atenuando en la medida de lo posible el precio del ajuste. La intervención disconforme, «conservadora» o «reaccionaria» es la que se opone a la necesaria adaptación de los grupos a la dinámica económica. Este tipo de intervenciones son las propias de las sociedades pluralistas enfermas, en las que un sindicato o un gremio empresarial determinado, bien por su fuerza mediática, bien por sus relaciones políticas, pueden imponer a los demás ciertas medidas que subvencionen el coste de su ineficiencia (aranceles proteccionistas, autoriza-

(153) Véase W. RÖPKE, *La crisis del colectivismo*, pág. 27.

ciones administrativas y demás medidas restrictivas de la competencia económica). Pero este esquema, recogido en *La crisis social de nuestro tiempo*, será refinado poco después.

La clave de su programa reformador es, en rigor, una política capaz de establecer un marco económico en el que se despliegue la libre competencia. Se trata, en cierto modo, de ejecutar una política antimonopolista que erradique las posiciones ventajistas. Fundado el orden sobre el principio de esta política de encuadramiento, se requiere también de una política económica positiva o «anti-*laissez-faire*», la política de mercado en sentido estricto. Es este un punto especialmente sensible para un economista liberal, pues la facultad estatal de injerirse en el mercado, consecuencia de la teoría de las intervenciones conformes, no puede en modo alguno considerarse como una atribución incondicionada. Superado cierto umbral, en el que Röpke no descarta que pueda justificarse todavía un cierto grado de imposición fiscal, aparece nuevamente la amenaza colectivista. A partir de este «intervencionismo liberal», terminología que Röpke toma, como se sabe, de Rüstow, el programa se aleja de la política económica convencional para postular una «política de estructura», referida al saneamiento de los «supuestos sociales» que hacen posible una economía libre: la estructura de la distribución de la renta, la magnitud de la propiedad y su difusión, el tamaño de las empresas, el equilibrio demográfico entre las generaciones, la estructura de la población urbana y rural, etc. El cierre del sistema es la «política social», con la que el estrecho círculo de la vida económica se amplía a «un campo exterior en el que los hombre no son competidores, productores, negociantes, consumidores, miembros de sindicatos, accionistas, ahorradores e inversionistas, sino pura y simplemente hombres, que no viven sólo de pan; miembros de familia, vecinos, feligreses, compañeros de trabajo, habitantes de un municipio y seres de carne y hueso, con el acerbo eternamente humano de ideas y sentimientos de justicias, honor, altruismo, espíritu de solidaridad, de paz, de exacto desempeño de su función, de belleza y armonía de la naturaleza» (154). Se comprende así el tipo de medidas contempladas por Röpke para desarrollar esta suerte de política social «postbismarckiana», «contrafuerte» según sus propias palabras de la economía de mercado: la desmasificación, la desproletarización, la descolectivización y la descentralización social.

(154) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, págs. 37-38.

5. LA CONCEPCIÓN DE LO POLÍTICO EN EL PENSAMIENTO LIBERAL

La censura röpkeana del *Zeitgeist* (crítica de la cultura) y la elaboración de un programa que, bien mirado, constituye uno de los últimos intentos globales de enderezamiento de la modernidad (humanismo económico) nos aboca a tomar en consideración las posibilidades de lo político como factor de la reforma. El pensamiento de Röpke sobre el caso no está temáticamente desarrollado, pero nadie puede engañarse sobre el sentido de ciertas precisiones suyas acerca de la naturaleza y misión del Estado. Este asunto tiene también no poco interés desde la óptica de la consideración del supuesto apoliticismo liberal, mixtificación que viene ya de antiguo y que Röpke, al igual que otros economistas y juristas políticos de su generación, combatió con denuedo. Dejando a un lado el despolitizado liberalismo económico, que acusa desde hace décadas la tendencia a vivir de espaldas a las determinaciones impuestas por la Economía *política*, el liberalismo de la segunda mitad del siglo xx presenta una doble caracterización, no siempre, por cierto, bien avenida y que, en cualquier caso, se adivina ya en los años 30: por un lado el liberalismo que en la tradición europea se asocia al realismo político y que se distingue por el reconocimiento del primado de lo político («*primat du politique*»), y por el otro un liberalismo que, más bien, está ligado a una cierta actitud filosófica y crítica, definiéndose por su configuración como una política de cultura. Julien Freund y José Ortega y Gasset puede considerarse, respectivamente, los escritores «representativos», en el sentido del filósofo norteamericano Emerson, de estas dos especies de liberalismo (155). Puede decirse que en el pensamiento del economista alemán operan ambas actitudes, pues de una parte confía en la misión del «clerc» de la cultura, miembro de la aristocracia del espíritu (*nobilitas naturalis*), pero no por ello desconoce la trascendencia de la decisión política fundadora de un orden y, así mismo, la voluntad de mantenerlo. El superior empeño Röpke, más allá de toda consideración doctrinaria, no es otra cosa que la empresa política de una «constitución económica de hombres libres» (156). Sobre esta categoría del pensamiento político-jurídico y económico del siglo xx gravita el sugestivo desafío de repolitizar el liberalismo, incluso bajo fórmulas que, como la del «Estado total en sentido cualitativo», pueden parecer contradictorias. En este sentido, las limitaciones históricas de la doctrina liberal, según Röpke, no se

(155) De esto nos hemos ocupado preliminarmente en «*Primat du politique et politique de la culture dans la pensée libérale*», en *Catholica*, n.º 83, primavera de 2004. A ese lugar remitimos para más detalles.

(156) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 230.

circunscriben a su «ceguera sociológica», sino también a su «ceguera política», relacionadas ambas con la incapacidad para valorar justamente las posibilidades ordenadoras del poder. Erró pues el liberalismo, como ya advirtiera contemporáneamente Carl Schmitt, al adoptar una actitud neutralista frente al Estado. «La vieja idea liberal de un Estado política y económicamente neutral, sentencia Röpke, se basa en la errónea suposición de que en la economía social diferenciada puede prescindirse en absoluto del Estado. Pero esta idea es irrealizable porque el Estado es el que en todo momento establece las condiciones jurídicas bajo las cuales se desarrolla el proceso económico» (157).

El liberalismo de Röpke es también «representativo» de la reacción del liberalismo alemán frente a la crisis del capitalismo, fenómeno que en la Alemania de los años 20 formaba un todo con la profunda crisis política de aquella nación. A la altura de la circunstancias se elevó, como es sabido, Schmitt, el «Maquiavelo de Alemania». Su concepción de la política es liberal, aunque no en el sentido del liberalismo ideológico, lo cual ha dado lugar a no pocos equívocos (158). Su «liberalismo», fraguado en la lucha contra «Weimar, Ginebra y Versalles», resulta complementario del que se opuso a la neutralización económica del Estado (Röpke, Rüstow, Eucken). No es casual, por tanto, que todos estos escritores políticos y económicos invocaran expresamente la solución del «Estado fuerte» («Stärker Staat»). ¿Perdieron por ello los economistas su condición de liberales en el sentido del siglo XIX? Tal vez sí, pero a cambio inauguraron un nuevo proyecto político depurado del lastre paleoliberal.

Ahora bien, la categoría del «Estado fuerte», fundador y protector de un orden de mercado, es una consecuencia de la profundización en la incapacidad liberal para elaborar un concepto de lo político-estatal («Staatsgedanke») a la altura del tiempo. Se distinguió en esta tarea Röpke, con un ensayo precursor publicado en 1923: «El liberalismo económico ante lo político-estatal» (159). Constataba el autor un desconcierto intelectual creciente sobre los asuntos económicos, agravado por el vacío y la pobreza de ideas. Especialmente doloroso resultaba la generalizada impresión de que el liberalismo no es que hubiese muerto, sino que su vigencia práctica era despreciable, pues todos los partidos políticos se hallaban comprometidos con el interven-

(157) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 318, nota 13.

(158) Sobre el «liberalismo» schmittiano resulta clarificador: D. NEGRO PAVÓN, «Schmitt y el liberalismo», en *Carl Schmitt Studien*, n.º 1, 2000, págs. 29-48.

(159) Véase W. RÖPKE, «Wirtschaftlicher Liberalismus und Staatsgedanke», en *Gegen die Brandung*, págs. 42-46.

cionismo, en parte por convencimiento, en parte por halagar a la cada vez más poderosa corriente popular antiliberal. En el tiempo transcurrido desde que, por causa de la Guerra, se suspendió la economía libre, había habido, a su juicio, experiencias sobradas para que todos comprendieran la inutilidad del experimento colectivista. «Todos los ensayos que durante estos años han pretendido solucionar los problemas económicos de forma mecánica y antiliberal, han ocasionado más daño que utilidad» (160), pero lo peor de todo ha sido que las gentes creyeron que se podía rectificar esa situación acelerando la incursión en el estatismo («Etatismus»). Por lo que respecta al liberalismo, su debilidad tiene causas diversas, pero hay dos de ellas que Röpke juzgaba fundamentales: en primer lugar la guerra, si bien como factor catalizador, pues «el ruido de las armas no sólo hace enmudecer a las musas sino también a Hermes» (161). Una vez acabado el conflicto el horizonte no se despejó, lo que tal vez aceleró la descomposición interna de una doctrina estigmatizada por su inhibicionismo —el Estado como «vigilante nocturno» («Nachtwächter»), según la famosa ocurrencia de Lasalle—. He aquí la segunda razón de su anemia política. Según Röpke, si el liberalismo debía sobrevivir era urgente remover su esterilidad social. Inequívocamente, el liberal debía convertirse en un custodio («Hüter») de un cierto concepto de Estado, incompatible con las «satrapías parasitarias de la economía privada» (162). En realidad, Röpke se estaba refiriendo al fenómeno de la cartelización de la economía alemana, proceso favorecido por la jurisprudencia del Tribunal supremo del Reich (*Reichsgericht*) desde 1897 y que únicamente se empezó a enmendar, después de las protestas del público perjudicado por la inflación contra el poder de los cárteles, con un Decreto de 1923 sobre los abusos de las regulaciones económicas (163). Si algo denunciaba la cartelización más allá de los ámbitos económicos, eso era el enfeudamiento del Estado en beneficio de los diversos grupos de presión. El problema de fondo era pues el del pluralismo político, una doctrina del Estado

(160) Véase W. RÖPKE, «Wirtschaftlicher Liberalismus und Staatsgedanke», en *op. cit.*, pág. 43.

(161) Véase W. RÖPKE, «Wirtschaftlicher Liberalismus und Staatsgedanke», en *op. cit.*, pág. 44.

(162) Véase W. RÖPKE, «Wirtschaftlicher Liberalismus und Staatsgedanke», en *op. cit.*, pág. 46. El desafío del liberalismo es pues doble: «la lucha por un pensamiento político-estatal y contra la servidumbre en la que la economía es mantenida por el monopolismo privado, bajo la protección del Estado».

(163) Tiene interés sobre esto JAN TUMLIR, «Franz Böhm and Economic-constituitional Analysis», en A. PEACOCK y H. WILLGERODT, *German Neo-Liberals and the Social Market Economy*. Londres, The MacMillan Press, 1989, págs. 127-31.

carente de centro y para la cual el propio Estado representa una institución social más entre otras de índole diversa, así sea económica, religiosa o cultural.

Schmitt vio en la teoría pluralista un signo inequívoco de la despolitización del Estado. En el pensamiento de Harold Laski, al menos de intención, se consuma probablemente la última de las muertes de Leviatán, cuya capacidad de decisión es transferida a las potestades indirectas. Entre la crítica pluralista de Schmitt y la de Röpke no hay ciertamente grandes diferencias (164). Según este último, el pluralismo puede ser de dos tipos, uno sano y otro enfermo. Aquél tiene naturaleza defensiva, mientras que éste es ofensivo, pues pretende forzar al gobierno a la concesión de ciertas prerrogativas favorables a sus miembros. El pluralismo ofensivo tiene mucho que ver con la ampliación de las competencias estatales, pues la hipertrofia intervencionista opera como un polo de atracción para los grupos de presión y buscadores de rentas políticas en general (165). Aunque resulte paradójico, un Estado omnipotente en el sentido del «Estado total cuantitativo» es extraordinariamente débil desde un punto de vista político (166). Por tanto, esa configuración estatal, la del Estado enfermo, que Röpke caracteriza —schmittianamente— por su incapacidad para decidir, no es la adecuada para liberar las fuerzas de la cultura y realizar la ecuación de la libertad y el orden que requiere la dignidad humana. El Estado sano es, en principio, un Estado «legítimo» en el sentido de Guglielmo Ferrero, es decir, una organización del poder en la que los «genios invisibles de la ciudad» han conjurado el miedo, pasión abrumadora bajo un gobierno ilegítimo y que alcanza por igual a quienes mandan y a quienes obedecen. No obstante, el principio de la legitimidad tiene un componente extraordinariamente sensible a las inclinaciones religiosas y estéticas del hombre, lo que impide la traslación de sus principios de un pueblo a otro. Tiene por eso todo principio de legitimidad

(164) Imprescindible C. SCHMITT, *El concepto de lo político* (1932). Madrid, Alianza Editorial, 1991.

(165) Véase W. RÖPKE, *Más allá de la oferta y la demanda*, pág. 192.

(166) La misma convicción en W. EUCKEN, «Staatliche Strukturwandlungen und die Krisis des Kapitalismus», en *loc. cit.*, espec. pág. 307 y A. RÜSTOW, «Liberale Interventionen», en *loc. cit.*, espec. pág. 224. Según EUCKEN, la transformación del Estado liberal («liberaler Staat») en un Estado económico («Wirtschaftsstaat») no ha fortalecido al Estado («Stärkung»), sino todo lo contrario, lo ha debilitado («Schwächung») hasta el extremo de que puede hacerlo perecer encadenándolo a la economía. A juicio de Rüstow, la hubris del Estado omnímodo («Nicht-mehr-seine-Grenzen-kennen-Staat») no significa un Estado políticamente fuerte («Staatsallmacht»), sino un Estado incapaz de tomar decisiones contrarias a los grupos de interés que lo han colonizado («Staatsohnmacht»).

una dimensión incomunicable y prototípica. En el caso de Europa, la legitimidad debe llevar aparejada la marca del gobierno descentralizado o cooperativo —el principio de la subsidiariedad de la doctrina social católica (167)—, contrapuesta a la del gobierno autoritario. No obstante, no todos los gobiernos autoritarios se corresponden con la misma especie de dictadura, pues hay autocracias con vocación de permanencia. Es el caso de los despotismos colectivistas contemporáneos. Frente a estos, netamente diferenciados, han existido siempre las dictaduras comisarias, expediente jurídico-político clásico para dominar las situaciones o interregnos políticos («Ausnahmestand»). Que eventualmente deban instituirse como medida provisional para estabilizar un Estado «no basta para conducir al Estado colectivista» (168). Röpke solía ilustrar esta tesis con el ejemplo de Kemal Atatürk: el fundador de un Estado turco moderno «fue sin duda un dictador en el sentido de que gobernó su Estado casi sin oposición; pero sería indudablemente equivocado clasificarlo en la serie de los usurpadores colectivistas; por el contrario, su función histórica se asemeja mucho más a la del *dictator* de la antigua Roma» (169). Lo mismo decía del Portugal del Doctor Oliveira Salazar. En este parecer sobre la naturaleza de la dictadura —institución de salvaguarda del bien común y del régimen constitucional que, según una opinión extraviada, no puede ya ser declarada legítimamente— se transparenta la musculatura de una verdadera inteligencia política, rara a la sazón entre los economistas (170).

El saneamiento del Estado es la condición del programa reformista de la tercera vía. Mas la pureza ética del Estado no basta para hacerle «acreedor de nuestra confianza», pues es necesario oponerse a los enemigos interiores y exteriores del orden preferido por la comunidad política, que nunca será el óptimo, sino acaso el mejor de los posibles. Se plantea así, finalmente, la cuestión decisiva: ¿la edificación de un régimen liberal depende exclusivamente del despliegue inmanente de sus propios principios económicos o filosóficos (política de cultura) o tal vez requiere de algún acto político o, lle-

(167) Véase W. RÖPKE, *Civitas humana*, págs. 108-13.

(168) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 105.

(169) *Ibid.*

(170) De hecho, esta tesis viene a invalidar el enunciado ideológico röpkeano de la «indivisibilidad de la libertad» —contrario como se indicó más arriba a la teoría de Croce—: la dictadura como posibilidad de suspensión de la vigencia, total o parcial, de la constitución, viene a ser el reconocimiento de que las libertades admiten una gradación. Esto, por lo demás, es el reflejo de la articulación de las tres especies de libertades, la natural, la civil y la política. Siendo esta última la más epidérmica en el sentido de Ortega, se comprende que sea la que más se resiente durante una dictadura.

gado el caso, de fuerza (primado de lo político)? La confianza en que el bien triunfa siempre es un peligroso moralismo que deja inerte al Estado. Röpke era más bien partidario de la segunda hipótesis, lo que llamó el «Estado fuerte» («Stärker Staat») (171). El Estado fuerte de Röpke no es un Estado intervencionista, sino, en primera instancia, un Estado regido por un «gobierno que tenga el valor de gobernar» (172). Sólo así puede desenvolverse con independencia de los grupos de interés y cumplir su misión, la separación de las esferas de lo económico y de lo político. La decisión sobre esta materia es, sin duda, uno de los actos políticos por excelencia. Ésta es justamente la lección política de Röpke. La aceptación de la realidad propia de lo político.

6. CODA SOBRE EL MAQUIAVELISMO

Lo que en algún lugar llamó el gran economista la «comprensión por lo político» (173) le impidió caer en la actitud desesperada e ingenua de quienes sólo ven en la política una actividad maquiavelista y cínica. Naturalmente, Röpke fue de los primeros en denunciar, siguiendo la estela de Maritain, los perniciosos efectos del maquiavelismo, doctrina que por primera vez en su época era postulada con gran desparpajo. A su juicio, se trata de una mala moral corruptora de la vida política y dilapidadora de valores como el bien y la justicia; además, dejaba de ser efectiva cuando todos conocían su secreto y osaban explotar sus arcanos. Hasta aquí, su razonamiento es el del humanitarismo que inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial apeló a las convicciones morales para anular el veneno del Florentino. Sin embargo, al mismo tiempo fue de los pocos que denunciaron el auge de un cierto moralismo iluso que desconoce las dificultades que una comunidad política debe afrontar en el escenario de las relaciones internacionales. El pacifismo que ignora la enemistad real o potencial de otros Estados es un irrealismo tan peligroso como el maquiavelismo denunciado. A su juicio, rechazar toda forma de maquiavelismo es una invitación a que el enemigo nos hostilice. Frente a esta situación su actitud es la del «maquiavelista moderado» que ha sabido leer en la historia política algunas de las verdades puestas en limpio

(171) El «Estado fuerte» es el artífice de la tercera vía, pero también del «Estado total en sentido cualitativo». Véase C. SCHMITT, «Gesunde Wirtschaft im starken Staat», en *loc. cit.* Trad. inglesa: «Strong State and Sound Economy. An Address to Business Leaders», en R. CRISTI, *Carl Schmitt and Authoritarian Liberalism*. Cardiff, University of Wales Press, 1998, págs. 212-32.

(172) Véase W. RÖPKE, *La crisis social de nuestro tiempo*, pág. 247.

(173) Véase W. RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, pág. 58.

por los grandes escritores políticos: que es el enemigo quien nos designa a nosotros y que en política no siempre se tiene la posibilidad de elegir los medios de acción y reacción. La actividad ha de ser entonces «sobriedad, honradez, concisión, realismo; comprensión por lo político como campo de equilibrio, tanteo de lo posible en cada caso, preservación, por todos los medios, de pasiones y vagos sentimientos; respeto a la experiencia histórica y a lo que ha crecido orgánicamente; serio afán por resolver las extraordinarias complejidades de la vida internacional y recelo contra toda simplificación; apartamiento de todo diletantismo con sus buenas intenciones y malos resultados». Pero sobre todo, como decía, recordando a Tayllerand, «pas trop de zèle» (174).

(174) Véase W. RÖPKE, *Organización e integración económica internacional*, pág. 59.